DOBLE JUEGO

BRUGUERA

BOLSILIBROS

ACCION

MUERTE EN EL CIRCUITO

Alan Parker



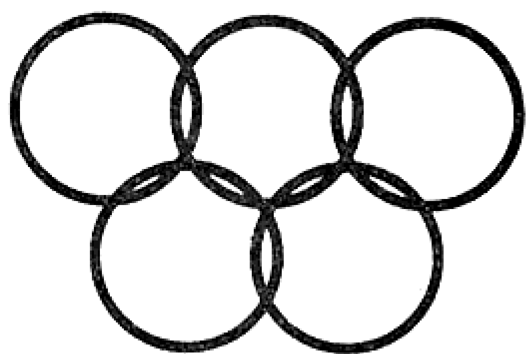
Muerte en el circuito

ALAN PARKER



Colección
DOBLE JUEGO n.° 81
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
CAMPS Y FABRES. 5 BARCELONA



COLECCION
DOBLE JUEGO



ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

76 —*Karate sanguinario*. George Sound.
77 —*El asesino del césped*. Lem Ryan.
78 —*Ajedrez de terror*. Curtis Garland.
79 —*Trampa para un campeón*. Joseph Lewis.
80 —*La novia del karateca*. Joseph Berna.

ISBN 84-02-09277-2
Depósito legal: B. 29.258-1983
Impreso en España Printed in Spain

1ª edición en España: octubre, 1983
1ª edición en América: abril, 1984

Impreso en los Talleres Gráficos de
Editorial Bruguera. S. A.
Parets del Vallés (N-I52, Km 21.650)
Barcelona 1983

CAPÍTULO PRIMERO

POCAS veces en toda su vida el famoso corredor de Fórmula 1, Billy Cash, había estado tan borracho como aquella noche.

Salió del night-club Drink and Love, en Detroit, yendo de un lado para otro como un pelele y cantando una vieja canción que le enseñó su abuelo durante las largas noches de verano allá en un pequeño pueblo de Arizona.

El portero del club quiso ayudarle, pero Billy se deshizo de él con un enérgico gesto y avanzó torpemente hacia su coche, un magnífico Porsche aparcado en la esquina.

A duras penas consiguió entrar en el mismo y después, una vez acomodado, encendió un cigarrillo y echó la cabeza hacia atrás. Billy se daba perfecta cuenta de lo borracho que estaba y del peligro que corría si tenía la mala idea de arrancar. Era mejor esperar un poco antes de hacerlo y de correr el riesgo de estrellarse contra el escaparate de alguna tienda.

Pero ocurrió que se quedó dormido como un bebé con el cigarrillo colgándole de la boca. Soñó que estaba en los suaves brazos de una hermosa mujer que usaba un excitante perfume y que le preguntaba:

—¿Se encuentra bien?

Billy Cash abrió los ojos. Y lo que vio no era un sueño. La hermosa mujer estaba a su lado y le miraba con una tierna y comprensiva sonrisa. Sus dientes eran maravillosamente blancos y sus labios ligeramente carnosos y el resto… bueno, el resto sí que era un sueño.

—¿De dónde ha salido usted? —le preguntó Billy Cash mirándola como un idiota.

—Soy yo quien debería hacerle esa pregunta puesto que se ha metido en mi coche.

Billy miró hacia arriba y luego hacia el costado.

—¿Seguro que éste no es mi coche?

—Seguro.

—Pues se le parece mucho —respondió el corredor intentando recuperar su compostura—. Aunque he de confesar que un individuo con una borrachera como la mía, es capaz de confundir su coche con un camello.

—¿Intenta decirme que mi coche se parece a un camello? —preguntó

la desconocida sonriendo.

—¡Oh, no! ¡Claro que no! Disculpe, pero…

—No hay nada que disculpar, señor Cash.

El la miró sorprendido.

—¿Nos conocemos?

—¿Quién no conoce al famosos corredor Billy Cash?

—¿Es usted aficionada a las carreras de coches?

—Un poco.

—Bueno, al menos tenemos algo en común. Y ahora discúlpeme. Voy a cambiar de coche.

—Espere.

Billy Cash se volvió cuando se disponía a abandonar el automóvil.

—No creo que esté usted en condiciones de conducir, señor Cash —le dijo ella—. Si lo desea puedo llevarle a casa.

—No es mala idea —respondió Billy—. Pero con una condición.

—¿Una condición? ¿Encima que me ofrezco a llevarle a su casa me pone condiciones? —Lo que quiero es que acepte tomar una copa en mi apartamento. ¿Trato hecho?

—No le aseguro nada. Vamos.

Cambiaron de asiento y Billy apoyó la cabeza en el suyo mientras ella arrancaba suavemente.

—Todo me da vueltas —comentó el corredor pasándose una mano por la cabeza—. Creo que esta noche he bebido demasiado.

—Un deportista como usted no debería beber tanto, señor Cash —le dijo ella—, Y mucho menos en puertas de correr el Gran Premio de Austria.

—Veo que está usted muy enterada.

—Viene en los periódicos. Hasta un niño sabe eso.

—Sí, es cierto.

—¿Tiene problemas sentimentales, señor Cash?

—¿Por qué me pregunta eso?

—Cuando un hombre se emborracha suele ser por una mujer.

—Ese no es mi caso —respondió el corredor buscando su pitillera en los bolsillos de su americana. Cuando la encontró, extrajo el último que quedaba y lo encendió—. No hay ninguna mujer en mi vida.

—Será porque usted no quiere. Estoy segura de que más de una se volvería loca por salir con el famoso Billy Cash. ¿Tiene algo en contra de las mujeres?

—Me dan miedo.

Ella soltó una carcajada.

—¿Por qué?

—Todas buscan lo mismo. Mi dinero y mi fama. La mayoría se

mueren por salir en las primeras páginas de las revistas acompañando a Billy Cash. Eso es lo único que de verdad les importa. Eso y mi cuenta corriente, claro. Así que siempre que puedo les doy esquinazo.

—Tiene usted una pésima opinión de las mujeres, señor Cash.

—Lo siento, pero tengo la lección bien aprendida.

La desconocida guardó unos instantes de silencio, pero sin dejar de observar de reojo al corredor. Billy Cash, tenía los ojos cerrados, pero ella estaba segura de que no dormía. Simplemente, estaba intentando soslayar aquel tema

—Ya hemos llegado, señor Cash —dijo la mujer al cabo de un rato después de detener su coche ante un elegante bloque de apartamentos.

Bill la miró con extrañeza.

—¿Cómo diablos sabía dónde vivo?

—Porque yo también vivo aquí, señor Cash. Y le he visto algunas veces.

* * *

A bastantes kilómetros de allí, concretamente en Nueva York, el teniente de policía Jimmy Cash, hermano del corredor, se encontraba en su departamento interrogando a un tal Joe Adamo. Era éste un tipo pequeño y tranquilo, medio calvo y mafioso. A Jimmy le había costado más de seis meses echarle el guante, pero al fin lo había conseguido.

Ahora, era cuestión de arrancarle las entrañas.

—Bien, Joe —le dijo Jimmy Cash sentándose en una esquina de su mesa—. Voy a proponerte un trato. Si me dices quién está al frente de la organización para la que trabajas, te prometo que haré lo que esté en mi mano para que tu condena sea más llevadera. Pero si no colaboras conmigo, es posible que te pudras en la cárcel el resto de tu vida. Lo cual sería una lástima teniendo en cuenta que sólo tienes treinta y dos años.

Joe Adamo sonrió mostrando unos dientes sucios y desiguales.

—¿De qué te ríes?

—De su santa inocencia, teniente. ¿Cree de verdad que estoy enterado de quién está al frente de la organización?

—Estoy seguro de que sí, Joe —asintió el teniente—. Tú no eres ningún pelagatos. Eres un pez gordo dentro de la misma, así que no intentes pasarte de listo conmigo porque te va a salir mal.

—Lo siento, teniente —respondió Joe Adamo mirándose las manos —. Pero si no me cree, es su problema.

Jimmy Cash le cogió violentamente por la impecable americana y le obligó a levantarse. Su rostro y el de Joe Adamo quedaron frente a frente. El teniente, echaba chispas por los ojos. El mafioso, estaba muy

tranquilo.

—No intentes tomarme el pelo. Adamo —le amenazó Jimmy—. Estoy procurando ser amable contigo, pero si me tocas mucho los huevos, te machacaré el cráneo.

—Le repito que no conozco al jefe, teniente —respondió Adamo con dureza—. Y ahora quíteme las manos de encima o tendré que hablar de su trato tan poco amable con mis abogados.

Jimmy le retuvo entre sus crispadas manos durante unos segundos y finalmente lo soltó. Adamo se sentó y se arregló la corbata.

—Tiene usted muy mal carácter, teniente —dijo el mafioso—. Y eso puede acarrearle más de un disgusto.

Jimmy sintió deseos de abofetearle. Si algo odiaba en este mundo era a los tipos que traficaban con la droga.

—¡Bob! —gritó el teniente.

Un agente fuerte como un oso entró en el despacho.

—Llévate a esta escoria —le ordenó Jimmy—. Y que lo mantengan incomunicado.

—Si, teniente.

El oso cogió por un brazo a Adamo y lo arrastró hacia la puerta. Antes de salir, el mafioso se volvió con una desafiante sonrisa en sus labios.

—Nunca hago tratos con los policías, teniente… ¡Nunca!

—¡Fuera! —bramó Jimmy.

Al quedarse a solas, el teniente Cash se dejó caer en su sillón y encendió un cigarrillo.

Había atrapado a aquel cerdo de Joe Adamo, pero no estaba contento. Quería más.

Mucho más. Quería al jefe. Y era muy posible que Joe estuviera diciendo la verdad, que no conociera al que movía los hilos de aquella vasta organización de tráfico de drogas. Así pues, Adamo sólo iba a servirle para que sus jefes le felicitaran por haberle atrapado. Pero aquello era poca cosa…

Abandonó la comisaría media hora más tarde y se metió en el bar de Popy, un negro que había sido campeón de los plumas allá por los años treinta.

—Hace un momento que acaban de hablar de su hermano por la televisión, teniente —le dijo el negro mientras le servía una hamburguesa—. ¿Sabía que dentro de tres días corre en Austria?

—Sí, lo he leído en los periódicos.

—Es un gran corredor. Hay quien asegura que es el mejor de este país. Debe usted de sentirse orgulloso de tener un hermano tan famoso, ¿verdad, teniente?

—Es verdad, Popy. Me siento muy orgulloso.

Jimmy Cash salió del bar y se dirigió andando hasta su casa. Vivía en un sencillo apartamento de la calle Fleming.

Encendió la luz, se despojó de la americana y se dejó caer en el sofá.

Sí, se sentía orgulloso de tener un hermano tan famoso. Pero también se sentía asqueado de que todo el mundo se lo recordase. Eso le hacía sentirse desgraciado porque él no era más que un miserable policía con una miserable paga que le obligaba a llevar una miserable vida. Todo lo contrario de Billy.

Llamaron a la puerta. Jimmy fue a abrir.

—Hola, Candy.

La muchacha rubia, de cuerpo ondulante y andar que incitaba al deseo, penetró en el apartamento.

Detrás de sí dejó una aureola de un excitante perfume.

Jimmy cerró la puerta y se dirigió al mueble bar.

—¿Quieres un trago, Candy?

—No me vendría mal.

—¿Qué te pasa?

—He estado posando para ese miserable fotógrafo durante cuatro horas. ¡Estoy reventada!

—Deberías dejarlo, Candy. Te paga mal.

—¿Y qué quieres, cariño? Tal como están las cosas tiene una que agarrarse a todo lo que sale.

El policía le entregó la bebida y se sentó junto a ella.

—Con un cuerpo como el tuyo, podrías exigir más.

—Es posible, pero ya sabes que tengo un defecto, Jimmy. No soy ninguna zorra y para ganar más dinero en mi profesión, hay que acostarse con más de uno. Y yo sólo me acuesto con quien me apetece. Y el único que me apetece eres tú, así que siempre seré pobre.

Jimmy alzó su vaso con una sonrisa.

—Bien venida al mundo de los miserables, Candy.

La muchacha recostó la cabeza en el hombro de Jimmy y éste acarició los suaves y perfumados cabellos.

—Eres una gran chica.

—Jimmy…

—¿Sí?

—¿Por qué unos nacerán ricos y otros pobres?

—Eso mismo me estoy preguntando desde que vine a este cochino mundo.

—¿Has encontrado la respuesta?

—Todavía no.

Guardaron silencio y la muchacha preguntó al cabo de un rato:

—¿Por qué no nos vamos a la cama?

—Es una buena idea.

Y mientras se estaban desnudando, ella le preguntó:

—Hoy han hecho un reportaje sobre tu hermano en la televisión. Lo he visto mientras comía.

—¿Tú también?

—Yo también, ¿qué, Jimmy?

—¿Por qué todo el mundo me hablará de mi hermano?

—Porque es muy famoso. Oye, ¿cuánto tiempo hace que no os habéis visto?

—Casi un año… —respondió Jimmy pasando un brazo alrededor del hombro de la muchacha.

En ese momento sonó el teléfono.

El policía se apresuró a descolgarlo.

—¿Sí?

—¿Teniente Cash? —era una voz extraña, lejana.

—Sí, yo soy. ¿Quién llama?

—Deje de meterse en nuestra organización o tendremos que matarle… No lo olvide, teniente. Le mataremos si sigue molestándonos. Este es el primero y único aviso. —¡Espere! —gritó Jimmy. Pero ya habían colgado.

—¿Quién era? —le preguntó alarmada Candy al ver a su amigo tan excitado.

—No tiene importancia. Anda, duerme.

—¿Es que no vamos a hacer el amor?

—Se me han quitado las ganas.

* * *

Sin salir aún de su sorpresa, Billy Cash siguió a la desconocida hasta el ascensor.

—¿Por qué no me ha dicho antes que vivía aquí? —le preguntó.

—No ha habido ocasión.

Subieron en silencio hasta la quinta planta. Billy no dejó de observar en todo momento a aquella mujer. Era terriblemente hermosa y enigmática.

—Buenas noches, señor Cash.

Aguarde… Me ha prometido que tomaríamos una copa juntos.

—Yo no he prometido tal cosa.

—Se lo ruego…

—Otro día. Buenas noches.

La puerta del ascensor se cerró y el bello rostro de aquella mujer desapareció tras la misma, como un sueño que se desvanece. Billy

observó que el ascensor se detenía en la octava planta. No se lo pensó dos veces y entró en su lujoso apartamento. Descolgó el teléfono y unos segundos después, se escuchaba la somnolienta voz del conserje.

—Diga, señor Cash…

—Esa mujer…

—¿A qué mujer se refiere, señor Cash?

—A la que acaba de entrar conmigo.

—Lo siento, pero no les he visto llegar…

—Se trata de una mujer muy bonita, morena, que llevaba un vestido blanco y que ocupa algún apartamento de la octava planta.

—¡Ah! Debe referirse a la señorita Marlowe. Lucy Marlowe. ¿Qué quiere saber de ella, señor Cash?

—¿En qué apartamento está?

—En el ochocientos ocho, señor.

—Gracias, Sam.

Un par de minutos después, Billy Cash llamaba a la puerta de dicho apartamento.

Lucy Marlowe llevaba un atrevido salto de cama de color negro a través del cual se vislumbraba un cuerpo capaz de matar a cualquiera con sólo echarle un vistazo.

—Señor Cash. Pensé que ya estaría durmiendo.

—Ya ve que no. ¿Puedo entrar?

—Son más de las tres de la madrugada, señor Cash, y me estoy muriendo de sueño. ¿Por qué no lo dejamos para mañana?

—Bien. Pero mañana no se me escapa, señorita Marlowe.

Ella sonrió.

—¿Cómo ha logrado averiguar mi nombre?

—Sólo he tenido que preguntárselo al conserje.

—Buenas noches, señor Cash… —dijo ella a punto de cerrar la puerta.

—La llamaré mañana a las siete e iremos a cenar juntos. ¿Le parece bien?

—Muy bien… —respondió Lucy cerrando.

Billy se quedó unos instantes junto a la puerta y luego bajó silbando las escaleras.

Por su parte, Lucy Marlowe, descolgó el teléfono y marcó un número.

Simplemente le dijo a la persona que había descolgado:

—Se ha tragado el anzuelo.

Capítulo II

CLEO Ferranti, el director de la escudería para la que corría Billy Cash, era un tipo elegante, de unos cincuenta años, enérgico y duro. Una de las muchas cosas que odiaba en este mundo, era perder una carrera. Otra esperar.

—¿Qué hora es? —le preguntó a su secretario.

Sam Wilson, un hombre alto y forzudo, consultó su reloj.

—Las diez y veinte, señor Ferranti.

—¿Dónde diablos se habrá metido?

Ferranti encendió un cigarrillo y clavó sus pequeños pero escrutadores ojos en la puerta de entrada del aeropuerto.

—Vamos a perder el avión… —gruñó.

—Ahí llega —le dijo de pronto su secretario.

Billy Cash llegaba en aquel momento, pero no venía solo. Le acompañaba una bella mujer; Lucy Marlowe.

Ferranti arrojó el cigarrillo al suelo y lo aplastó con el pie.

—Llegas tarde… —le dijo a Billy.

Cash no hizo el menor caso a la alusión.

—Esta es Lucy. Viene con nosotros.

—¿Qué? —preguntó Ferranti mirando a la muchacha—. No tenemos pasaje para ella. Además…

—Que Sam coja otro vuelo —le cortó Billy.

—Escucha Billy… —empezó a decir Sam Wilson, pero su jefe le hizo un gesto para que se callara.

—Está bien —dijo Ferranti—. Ella vendrá con nosotros. Tú, Sam, puedes hacer el viaje en el avión que sale a las dos y media. Dale tu pasaje a la señorita.

El secretario lo hizo de mala gana.

—Gracias… —dijo la muchacha con la mejor de sus sonrisas.

Diez minutos después, Ferranti, Bill Cash y Lucy estaban cómodamente instalados en el avión que los iba a llevar a Viena. El director de la escudería echó un rápido y disimulado vistazo a las hermosas piernas de la muchacha cuando ésta las cruzó para acomodarse en el asiento.

—¿De dónde la has sacado? —le susurró al oído de Bill.

—Es una larga historia.

—Espero que te sirva de amuleto para ganar la carrera.

—Yo también.

* * *

Jimmy Cash estaba de un humor de perros, no sólo porque la noche anterior le habían amenazado de muerte, sino porque a causa de ello no le había podido hacer el amor a

Candy. En su larga carrera de policía había recibido muchas amenazas de muerte, aunque no había hecho excesivo caso de ninguna. Pero a medida que se iba haciendo viejo le afectaban cada vez más.

—¿Qué le pasa esta mañana, teniente? —le preguntó su ayudante, el sargento Pilsey—. Le veo nervioso.

Jimmy se lo contó.

—El que haya pescado a Adamo les ha debido sentar muy mal —contestó Pilsey—. Pero yo de usted no le daría excesiva importancia al asunto, jefe. Ya sabe que a esa gentuza les gusta fanfarronear.

—Puede que tengas razón.

—Debería tomarse unas vacaciones…

—Sí, no me vendrían mal. Tengo los nervios destrozados.

La puerta del despacho se abrió y asomó el rostro del corpulento Bob.

—Hay alguien que quiere verle, teniente.

—¿Quién es?

—Un tal Goodman.

Jimmy y el sargento Pilsey intercambiaron una significativa mirada.

—Debe de ser ese maldito abogado… —gruñó el sargento.

—Está bien —dijo Cash—. Dile que entre, Bob.

Goodman era un hombre elegante y alto afeminado. Se sospechaba que estaba íntimamente relacionado con el mundo del hampa, pero su conducta era aparentemente intachable. Sin embargo, Goodman sabía que Jimmy Cash le vigilaba y que al menor descuido caería sobre él como un halcón.

El abogado, impregnado en colonia cara, se sentó frente al policía.

Cash encendió pausadamente un cigarrillo.

—¿Qué le trae por aquí, señor Goodman?

—Vengo a pagar la fianza del señor Adamo.

—De momento, aún no se ha fijado ninguna fianza por él —respondió el teniente, echándose hacia atrás en el asiento.

Goodman sonrió.

—¿Está seguro?

—Claro.

—¿Por qué no se lo pregunta al fiscal, el señor Vincent?

Jimmy echó otra mirada a su ayudante. Pilsey descolgó el teléfono.

—El teniente Cash desea hablar con el fiscal señor Vincent. Es urgente.

Trascurridos un par de minutos, se escuchó la potente voz del fiscal al otro lado del hilo telefónico.

—¿Qué hay, teniente?

Pilsey le entregó el teléfono a Cash.

—Tengo aquí al señor Goodman —dijo Jimmy—. Viene a pagar la fianza para poder poner en libertad a Joe Adamo. ¿Qué hay de eso?

—Ese tipo se ha adelantado, teniente. Aún no ha cursado la autorización oficial, pero en efecto, existe una fianza que se ha establecido en doscientos cincuenta mil dólares. Jimmy Cash crispó la mano sobre el auricular.

—¿Cuánto tardaré en recibir esa autorización, señor Vincent?

—Un par de horas a lo sumo.

—Gracias.

El teniente colgó con rabia y miró a Goodman. El abogado tenía una cínica sonrisa en sus labios.

—Las leyes de este país deberían cambiar —gruñó Cash.

—Ni usted ni yo podemos hacer nada, teniente —dijo el abogado sin dejar de sonreír. —Tipos de la calaña de Adamo no merecen estar libres.

—Cuidado con lo que dice, teniente —le advirtió tranquilamente Goodman—, Soy el abogado del señor Adamo y podría demandarle por calumnias.

—¡Váyase al infierno! —exclamó Jimmy Cash poniéndose de pie y abandonando el despacho.

Una vez a solas, Goodman miró a Pilsey.

—Su jefe tiene mal carácter —comentó—. Y eso puede causarle algún serio disgusto. Jimmy Cash entró en un bar próximo a la comisaría y pidió un whisky doble. Acodado en la barra y con un cigarrillo colgándole de los labios pensó en la tragedia que significaba que un tipo como Joe Adamo pudiera volver a andar libremente por la calle dentro de unas horas sin que nadie tuviera en cuenta los sacrificios que él y sus hombres habían tenido que hacer durante meses para atraparle.

Sí, necesitaba unas buenas vacaciones o acabaría reventado.

* * *

—Tú quédate aquí, preciosa —le dijo Bill y Cash a la muchacha—. Sé

que vas a traerme buena suerte.

Ella le besó en los labios antes de que el corredor se metiera en su bólido y se dirigiera a la parrilla de salida.

Quince minutos más tarde, comenzaba el Gran Premio de Austria.

El McLaren de Billy Cash ocupó la tercera posición durante buena parte de la carrera, pero cuando únicamente faltaban tres vueltas para que aquélla terminara, pareció como si de repente le hubieran crecido alas al bólido de Cash y en pocos minutos se colocó tan cerca del corredor que iba en primer lugar que ambos podían estrecharse las manos.

Lucy, que seguía la carrera a través de unos prismáticos, volvió la cabeza cuando escuchó aquella voz a sus espaldas.

—Es el mejor. No hay duda de que Billy es el mejor corredor del mundo.

Se trataba de un hombre pequeño y de rostro afable. Llevaba una gorra de cuadros y gafas oscuras.

—Perdone… —le dijo a Lucy con la mejor de sus sonrisas—. Usted no me conoce.

—No…

—Me llamo Andy Levine y fui mecánico de Billy.

—¿Fue?

Levine se encogió de hombros.

—Cosas que pasan. ¿Es usted su novia?

Ella sonrió.

—Más o menos.

—Billy es un gran tipo. Cuide de él. Adiós.

Lucy siguió con la mirada al mecánico y le vio desaparecer entre la multitud.

Billy Cash había conseguido sobrepasar al que ocupaba la primera posición en una de las muchas vueltas del circuito. Manejaba su McLaren con una habilidad asombrosa. Cuando poco después cruzó vencedor la meta Lucy abandonó su localidad para ir a felicitarle. Billy, sudoroso, pero con la tranquilidad que produce el estar acostumbrado a los éxitos, la abrazó y la besó en los labios.

—Me has traído suerte, nena —le dijo con una sonrisa.

—Has estado fantástico.

Ferranti apareció de pronto abriéndose paso a codazos.

—¡Muy bien, Billy! —gritó—. ¡Muy bien! ¡Has hecho una gran carrera! ¡Y ahora Indianápolis!

—Olvídate de eso, Cleo —respondió Billy—, Te dije que ésta iba a ser mi última carrera con tu escudería.

—Sé que hablabas en broma.

—Nunca he hablado más en serio. Y tú lo sabes, Cleo.

Los ojos de Ferranti se clavaron en el corredor, pero no dijo nada.

* * *

—¿Está Candy?

El tipo de largas melenas y ojos azules miró a Jimmy Cash de arriba abajo.

—¿Quién es usted?

—Su marido.

El tipo puso unos ojos como platos.

—¿Su marido? —preguntó extrañado—. Candy no me había dicho que estaba casada. —Pues lo está.

—Está bien, está bien. Entre. Candy está en el plato.

Jimmy Cash siguió a aquel individuo a través de un corredor en cuyas paredes enmoquetadas de rojo, había fotografías de chicas desnudas algunas de bastante calidad.

Candy se encontraba en un reducido plató y sobre ella caían de plano las cegadoras luces de los focos. La muchacha, completamente desnuda, estaba tumbada sobre un diván poblado de cojines de colores. Al ver a Jimmy se levantó de un salto.

—Hola, nena.

Ella se le abrazó mientras el fotógrafo de ojos azules les contemplaba con cierto desdén. —¡Vístete! —le dijo Jimmy a la muchacha—. Nos vamos…

—¡Eh, un momento! —protestó el fotógrafo al oír aquello—. Candy no puede irse todavía. Le he pagado por una sesión y sólo llevamos dos.

El policía se volvió para mirarle.

—No se ponga tonto o arruino su negocio.

—¡No sabía que tu marido fuera un fanfarrón! —gritó el fotógrafo mirando a Candy.

La muchacha, que había comenzado a vestirse, respondió:

—No es ningún fanfarrón, Lewis. Puede hacer lo que dice.

—¿Quién es? ¿El presidente de Estados Unidos?

Jimmy Cash le mostró su placa de policía. El fotógrafo, palideció.

—Podría denunciarle por carecer de permiso para regentar este sucio negocio, amigo —gruñó Jimmy.

—Espero que no lo haga… —murmuró acobardado Lewis—. Muchas chicas como Candy se quedarían sin trabajo.

—Por lo que respecta a ella —dijo Jimmy cogiendo a la muchacha por un brazo y alejándose—, ya se ha despedido.

—Pero… —fue a decir Candy.

—No digas nada —se apresuró a comentar el policía—, Luego hablaremos.

Salieron a la calle. Candy estaba totalmente desorientada. Se negó a seguir caminando. —Jimmy, acabas de dar un lamentable espectáculo. He seguido tu juego para no dejarte en ridículo delante de ese mamarracho de Lewis, pero ahora te exijo que me des una explicación.

—Creo que tienes derecho a ella —sonrió el policía—. Es muy sencillo. Me voy de vacaciones y quiero que vengas conmigo.

—Me parece una gran idea, cariño —respondió ella algo más calmada después de escuchar aquella proposición—. Pero no hacía falta que me despidieras.

—No quiero que mi mujer pose desnuda para nadie. Sólo para mí.

—¿Tu mujer? ¡Yo no soy tu mujer!

—Lo serás dentro de una hora.

—¿Qué?

—¿Quieres casarte conmigo?

—¡Sí!

* * *

Había pasado la borrachera del triunfo. Billy Cash y Lucy estaban en uno de los boxes, junto al bólido que había conducido el campeón. Era un hermoso vehículo totalmente negro con una franja amarilla en los alerones.

—El peso mínimo de un F-1 —le estaba diciendo a la chica—, es de unos quinientos setenta y cinco kilos sin lastre, es decir sin piloto, combustible, lubrificantes y refrigerantes. La carrocería no puede exceder de los ciento cuarenta centímetros de ancho en ninguna parte…

—Billy… ya sé todo eso —se apresuró a responder Lucy.

—¿Lo sabes?

Ella asintió con la cabeza.

—Lo que no sé es porque te niegas a correr en Indianápolis.

—Eso es cosa mía.

—Sí, tienes razón —respondió la muchacha echando a andar—. Es cosa tuya. Vámonos.

El la agarró por una mano.

—Espera, mujer. No he querido ser duro contigo.

—Sólo pretendo ayudarte, Billy. Si no corres en Indianápolis no tendrás ninguna posibilidad de revalidar el título de campeón mundial.

—Para eso tendría que ganar la carrera.

—La ganarás.

—Estás muy segura de mí —sonrió Billy cogiéndola por la cintura.

—Lo estoy, cariño. Y ahora, ¿quieres ser sincera conmigo? ¿Por qué quieres dejar a Ferranti?

—No puedo decírtelo, Lucy. Hay cosas que no se pueden decir ni a la chica más guapa del mundo. Sólo te pido que confíes en mí.

—De acuerdo. Supongo que tendrás tus buenas razones para dejarle, pero por favor, tienes que correr en Indianápolis.

—¿Por qué diablos tienes tanto interés en que participe en esa carrera?

—Quiero verte una vez más campeón del mundo. Esa es la razón.

—Me recuerdas a esas mujeres de las que te hablé la noche que nos conocimos —respondió él con rudeza—. Me refiero a esas que sólo me acompañan para aparecer en la primera página de las revistas.

—¿Es eso lo que piensas de mí? —preguntó con rabia Lucy.

—No sé qué pensar.

—En ese caso, será mejor que nos digamos adiós.

—No seas tonta.

—Entonces, no vuelvas a decir eso. Billy, si no fuera porque me gustas no estaría contigo aunque fueras el hombre más famosos del mundo. Ya deberías conocerme.

El corredor la atrajo hacia él y la besó en el cuello.

—De acuerdo —dijo Billy al cabo de un rato—. Correré en Indianápolis. Pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que ahora mismo nos vayamos al hotel. Me muero de ganas de hacerte el amor.

Lucy sonrió mientras le acariciaba como una gatita en celo.

—Trato hecho, Billy… —susurró—. Vamos.

Cuando iban a subir al deportivo de Billy Cash vieron aparecer a un hombre.

Era Andy Levine.

—¡Andy! —exclamó el corredor—, ¿Qué estás haciendo en Viena?

—He venido para ver la carrera y para hablar contigo, Billy.

—Está bien. Habla.

El mecánico miró a la chica.

—Es de toda confianza, Andy —dijo Billy—. ¿Qué tienes que decirme?

—Tengo un presentimiento, Billy.

—¿Qué clase de presentimiento?

—Van a matarte.

—¿Qué?

—¡Que alguien quiere asesinarte!

—No digas tonterías, Andy —Billy Cash palideció—. ¿Por qué iban a

querer hacer eso? —Tú ya sabes por qué. Ándate con cuidado.

Y después de decir aquello, Andy Levine se alejó lentamente como si cada pierna le pesara una tonelada.

Capítulo III

—SEÑORA Cash… Señora de Jimmy Cash… —dijo Candy contemplando la sencilla alianza que llevaba en el dedo—. Suena bien, ¿verdad?

—De maravilla… —respondió Jimmy acariciando uno de los muslos de su flamante esposa por debajo de la sábana.

Ella se volvió para mirarle.

—¿Es que no tienes bastante, cariño? —le preguntó con una sonrisa.

—¡No!

La muchacha se colocó encima de su marido.

—Por mí no hay ningún inconveniente —le dijo pasando la punta de su lengua por uno de los lóbulos de Jimmy—, pero vamos a perder el avión.

—¿Qué avión?

—¿Has olvidado que tenemos los billetes para ir a pasar una semana de luna de miel a las cataratas de Niágara?

—¡Diablos! ¡Tienes razón! ¿Qué hora es?

—Las cinco y media.

—¡Pero si el avión sale a las seis y cuarto! ¡Vamos a llegar tarde al aeropuerto!

Saltaron de la cama y se vistieron. Afortunadamente, había tenido la precaución de hacer las maletas antes de acostarse así que únicamente tuvieron que recogerlas y abandonar precipitadamente el apartamento de Jimmy.

Bajaron al parking en el ascensor. Cuando caminaban hacia el coche del policía, éste se detuvo.

—¿Qué pasa? —le preguntó Candy extrañada.

—Juraría que he oído un ruido.

—Deben de ser las ratas. Vamos o llegaremos tarde.

Jimmy siguió a su mujer, pero teniendo la precaución de volver la cabeza de vez en cuando. Fue en una de esas ocasiones cuando le pareció ver que una sombra se deslizaba por detrás de una de las gruesas columnas.

El policía supo en ese preciso momento que alguien les estaba espiando.

—¡Jimmy! —oyó que llamaba su mujer—. ¿Se puede saber qué haces? ¡Perderemos el avión y me quedaré sin ver las cataratas del Niágara!

—Entra en el coche.

—¿Qué? ¿Y tú?

—¡Has lo que te digo! —gritó Jimmy Cash echando mano de su pistola.

En ese mismo instante sonaron dos disparos. Jimmy se arrojó al suelo mientras Candy dejaba escapar un grito y cometía el error de correr en dirección a su marido en lugar de ocultarse en el coche.

Cuando Jimmy la vio a su lado, se le pusieron los pelos de punto y la única idea que se le ocurrió fue la de abrir fuego en dirección a las columnas mientras le ordenaba a su mujer que se largara de allí.

—¡Vete, Candy! ¡Escóndete!

Ella se levantó precipitadamente y corrió en dirección al coche. Entonces, sonaron varios disparos.

Candy soltó un agudo quejido y se detuvo en seco. Jimmy volvió la cabeza a tiempo de verla caer como si se tratara de una secuencia filmada a cámara lenta.

—¡Candy…!

Se arrastró como un reptil hacia su mujer sin importarle que estuvieran disparándole y a medida que iba acercándose a ella, tuvo la impresión que la herida que Candy tenía en la espalda, se hacía cada vez mayor… Gigantesca…

—Cariño… —murmuró el teniente acariciando el rostro de su mujer.

No obtuvo respuesta o por lo menos él no la oyó porque algo le golpeó en la cabeza y quedó sin sentido.

* * *

Los acariciantes y suaves dedos de Lucy Marlowe acariciaron la desnuda espalda de Billy. El corredor estaba boca abajo en la cama, con los ojos abiertos y el pensamiento muy lejos de allí.

—¿Champán? —le preguntó ella.

—No.

—¿Un cigarrillo?

—Eso sí.

Lucy se lo puso en la boca y le prendió fuego. El corredor dio un par de chupadas y se recostó contra la almohada. Ella encendió otro cigarrillo y se sentó a su lado.

—¿En qué estás pensando?

—En las palabras de Andy Levine… —respondió Billy

pensativamente.

—¡Oh, Billy! ¡Por favor! ¡Eso que ha dicho es una tontería! ¿Quién va a querer asesinarte? ¿Y por qué?

—Tú ignoras muchas cosas, nena.

—¿Por qué no me las cuentas?

—No puedo —respondió el corredor aplastando el cigarrillo en el cenicero que había sobre la mesita. Luego, se levantó y se metió bajo la ducha. Lucy apareció poco después en el cuarto de baño, completamente desnuda, y se colocó junto a él.

—¿Tienes enemigos, Billy?

—Sí.

Un torrente de agua estaba cayendo sobre ambos cuerpos. Lucy se echó hacia atrás los cabellos.

—¿Ferranti?

—¿Qué?

—¿Qué si Ferranti es uno de tus enemigos?

—¡No lo sé! Pero es posible. A Ferranti le gusta que todo el mundo le obedezca, pero yo no lo hago y eso hace que me odie.

—¿Que Ferranti te odia? No lo creo. Al contrario, pienso que te admira.

—Sí, pero también me odia —respondió Billy abandonando la ducha —. Lo que pasa es que le doy a ganar mucho dinero y por eso me soporta.

Cuando ambos se estaban secando, sonó el teléfono.

Lucy corrió a descolgarlo.

Billy la vio hablando con alguien pero no entendía las palabras de la muchacha. Luego, la vio sonreír y finalmente colgó.

—¿Quién era?

—Ferranti.

—¿Qué quería?

—Nos espera dentro de media hora en el hall del hotel. Por lo visto ha organizado una gran fiesta en tu honor.

—Qué amable…

—Billy, me ha preguntado si habías cambiado de opinión.

—¿Respecto a qué?

—A lo de correr o no en Indianápolis. Me he permitido decirle que ibas a correr. ¿He hecho bien?

Billy soltó una sonrisa.

—¡Qué remedio!

Ella le rodeó el cuello con sus brazos.

—¡Eres un encanto, Billy!

—Pero luego, dejaré a Ferranti.

Este y Sam Wilson les estaban esperando en el vestíbulo del hotel.

Ferranti tenía una estúpida risita en sus labios.

—Me ha dicho tu chica que piensas correr en Indianápolis, muchacho. ¿Es cierto?

—Si ella te lo ha dicho debe serlo —respondió el corredor.

—¡Esto hay que celebrarlo! ¿Verdad, Sam?

—Sí, jefe.

En la fiesta que organizó Ferranti no faltó de nada, ni siquiera la televisión.

El comentarista se acercó a Billy Cash para preguntarle lo de Indianápolis.

—¿Es cierto que va a correr?

—Claro, ¿por qué no?

—Habían corrido rumores de que no iba a hacerlo y también de que iba a dejar la escudería de Ferranti. ¿Qué tiene que decir a eso, señor Cash?

—Nada. Todo se sabrá a su debido tiempo.

—¿Volverá a correr en el McLaren?

—¿Y por qué no? Es un magnífico coche.

Billy observó que Lucy estaba hablando con el conserje del hotel. Luego, la vio venir hacia donde él se encontraba. El corredor pidió disculpas a los de la televisión y se reunió con la muchacha.

—¿Ocurre algo? —le preguntó.

—Acaban de llamar por teléfono desde Nueva York. Tu hermano Jimmy…

—¿Qué le ha pasado?

—Está en el hospital y han asesinado a su mujer.

* * *

El doctor Cooper, un gran aficionado a las carreras de coches, reconoció inmediatamente a Billy Cash.

—Su hermano está fuera de peligro —le informó en el corredor donde se encontraba la habitación de Jimmy—. Tuvo la fortuna de que la bala sólo le rozó la sien.

—¿Puedo verle?

—Claro. Acompáñeme.

Cuando Billy entró en la habitación donde se encontraba su hermano, halló a éste sentado en una silla, junto a la ventana. Tenía un pequeño vendaje en la sien derecha sujeto con un esparadrapo.

—Billy… No debiste haberte molestado en venir. Ya estoy bien.

Los dos hermanos se estrecharon la mano. Billy se sentó a su lado.

Jimmy estaba pálido, pero en sus ojos había un extraño brillo.

—Me has dado un buen susto, muchacho —le dijo Billy forzando una sonrisa.

—Lo siento.

El corredor no sabía cómo abordar el tema de la muerte de Candy sin herir los sentimientos de su hermano.

—No sabía que… te hubieras casado, Jimmy —le dijo.

—Lo habíamos hecho la noche anterior. Era… era una muchacha extraordinaria… —los ojos del policía brillaron con más intensidad—, Y esos… perros han acabado con ella… Pero me las pagarán. Te juro que me las pagarán, Billy…

—¿Sabes quiénes lo hicieron?

El policía asintió gravemente con la cabeza.

—La bala que mató a Candy iba dirigida a mí…

—Si puedo hacer algo por ti sólo tienes que decírmelo, muchacho.

—Gracias, pero ese es un trabajo que tengo que hacerlo yo personalmente.

—El doctor Cooper me ha informado de que te dan el alta pasado mañana.

—Eso he oído.

—¿Por qué no te vienes conmigo al rancho que tengo en Nebraska? Voy a estar allí unos días antes de correr en Indianápolis.

—Te lo agradezco, Billy. Pero tengo un trabajo que hacer.

—Eso puede esperar.

—No. En cuanto salga de este hospital, me dedicaré a buscar a esos hijos de perra. ¡Tengo que acabar con todos ellos, Billy!

Cuando Jimmy Cash abandonó el hospital, se fue directamente a su apartamento, Al entrar allí, tuvo la impresión de que Candy le estaba esperando. Su perfume flotaba en el ambiente.

Se sirvió un whisky y se dejó caer en el sofá. Pensó que quizá hubiera sido bueno aceptar la invitación de su hermano para reponerse. Ahora se sentía débil y descentrado. Encendió un cigarrillo y echó la cabeza hacia atrás.

Candy…

¡Cuánto la echaba de menos!

De repente, sonó el timbre de la puerta. Jimmy pegó un salto y echó mano a su pistola. —¿Quién es?

—El capitán Brown.

Era su superior. Jimmy abrió la puerta.

—Hola, capitán.

—Hola, muchacho. Tienes buen aspecto.

Los dos hombres se dirigieron al salón.

—¿Quiere un trago?

—No, gracias. ¿Cómo te sientes?

—Débil.

—Lo suponía. Te vendrán bien una vacaciones.

—No quiero vacaciones, capitán. No las necesito. Mañana mismo me incorporaré a mi trabajo. Tengo que encontrar a los asesinos de mi mujer.

—De eso quena hablarte, muchacho. Le he encargado el trabajo a otro.

—¿Qué?

—Es lo mejor.

—Para mí, no.

—Conoces perfectamente las reglas del juego, Jimmy. Cuando un policía se encarga de un caso, tiene que hacerlo fríamente y tú no estás en condiciones de actuar fríamente.

—Lo importante son los resultados y yo le prometo que lo haré a plena satisfacción.

—No lo dudo, pero eso no es suficiente. No quiero que te maten, Jimmy.

—Capitán…

—Está decidido. Es una orden…

—En ese caso no me queda otro remedio que presentar mi dimisión —respondió Jimmy con dureza.

—No digas tonterías. Te necesito. Eres el mejor hombre que tengo y no pienso perderte… —el capitán Brown se puso de pie—. Tómate diez días de vacaciones. Es otra orden. Adiós, Jimmy.

Pero el teniente no pensaba cumplir ninguna de las dos órdenes.

* * *

Billy Cash estuvo probando el McLaren con el que iba a correr en Indianápolis. En el box estaba Lucy. A su lado, Ferranti, fumaba un enorme puro.

—¿Qué tal va todo? —le preguntó Ferranti.

—Bien.

—¿Te ha contado algo?

—Nada. Oye, ¿conoces a Andy Levine?

—Sí. Es un mecánico de mierda al que tuve que despedir. ¿Por qué lo preguntas?

Lucy se lo contó.

Ferranti arrojó el puro al suelo y lo estrujó con el pie.

—Habrá que taparle la boca de una vez por todas…

—Pero, ¿es cierto?

—Eso no te incumbe, nena. Se te paga para que hagas un trabajo y cuanto menos sepas, mucho mejor para ti.

Billy Cash dio una última vuelta y poco después entraba en el box. Saltó del vehículo y se quitó el casco.

—¿Qué tal ha ido? —le preguntó sonriente Ferranti.

—Funciona a las mil maravillas. Sin embargo, habrá que retocar algo el alerón izquierdo. Va algo lento.

—Eso está hecho.

Los mecánicos se hicieron cargo del bólido después de que Billy les explicara la anomalía. Luego, se reunió con Ferranti y con Lucy.

—Os invito a comer —les dijo Ferranti.

—No, muchas gracias —respondió Billy—, Tengo otros planes.

El corredor y la chica se alejaron.

—Voy a cambiarme —le dijo él—. Enseguida vuelvo.

Cuando Billy se disponía a entrar en el vestuario, oyó que alguien le llamaba.

—¡Andy! ¿Qué diablos estás haciendo aquí? Si Ferranti llega a descubrirte ordenará que te echen a patadas.

El mecánico miró a su alrededor antes de hablar.

—Tienes que ir con cuidado, Billy.

—¿Otra vez con esas? Estás empezando a ponerme nervioso, Andy.

—Deja a Ferranti antes de que sea demasiado tarde.

—Es lo que pienso hacer en cuanto haya corrido en Indianápolis.

—Yo de ti no tomaría parte en esa carrera, Billy.

El corredor le miró con los ojos entrecerrados.

—Andy… ¿qué diablos me estás ocultando?

—Es un presentimiento.

—¡Al diablo con tus presentimientos! Mira, si lo que pretendes es sacarme unos dólares para echar un trago, sólo tienes que pedírmelo.

—No, no es eso, Billy. Sé que van a matarte.

—¿Que lo sabes? Habla claro de una vez, Andy.

—Ferranti te odia.

—Eso ya lo sé.

—Le estorbas porque sabes demasiado y no está dispuesto a que le dejes para que luego vayas por ahí contándolo todo.

—Eso no es más que una suposición tuya, Andy.

—Es posible, pero sabes que no suelo equivocarme. Un día te dije: «Ferranti acabará echándome de su escudería.» Y no me equivoqué. Ahora tampoco me estoy equivocando. A mí se contentó con echarme porque soy un pobre diablo, pero a ti te liquidará.

—Está bien. Ya me lo has dicho. Ahora lárgate.

Andy desapareció por detrás de unos fardos de paja. Billy Cash se quedó unos instantes pensativo y luego fue a cambiarse.

Diez minutos después estaba de regreso junto a Lucy.

—¿Por qué has tardado tanto? —le preguntó.

—He tenido que hacer una llamada telefónica.

Subieron al coche del corredor.

—¿Adónde vamos? —quiso saber la muchacha.

—Al rancho. Pienso quedarme allí todo el fin de semana. ¿Te importa?

—Claro que no, cariño.

Andy Levine les estuvo observando mientras se alejaba y cuando se disponía a marcharse, se encontró frente a frente con dos hombres de Ferranti.

El mecánico palideció y luego echó a correr como un loco perdiéndose en un bosque próximo.

Capítulo IV

EL teniente Jimmy Cash entró en un bar llamado Calypso. Era un local pequeño y maloliente, a un tiro de piedra del puerto, entre las calles 38 y Fenton.

Cuando el propietario del mismo, un portorriqueño llamado Guzmán, le vio entrar, le hizo un disimulado gesto para que le siguiera. Guzmán abandonó la barra y Jimmy fue detrás de él.

Se reunieron en una habitación de cuyo techo pendía una miserable bombilla.

Guzmán, un tipo de mediana estatura y algo rechoncho, dejó escapar un bufido antes de hablar.

—Me pone usted en cada aprieto, teniente…

—No te quejes, Guzmán. Gracias a eso puedes seguir regentando este bar y haciendo sucios negocios con mercancías robadas. De otro modo, ya te habría enviado a chirona. Bien, vayamos al grano. ¿Qué sabes de Henry Lobatto?

—Está en la cárcel.

—¿Qué?

—Lo que oye. Lleva encerrado desde hace cuatro meses, así que no pudo ser él. Pero supongo que Lobatto no es el único pistolero que tiene Joe Adamo.

—Supongo que no —respondió pensativamente el teniente—. ¡Me habría apostado el cuello a que fue Lobatto el que preparó la encerrona!

—Pues no pudo ser él, pero sí Jack Malone.

—¿Jack Malone? ¿Quién es?

—El niño bonito de Joe Adamo. No ha sido fácil descubrirlo, ¿sabe? Por eso le he dicho antes que me mete usted en cada lío… Un día alguien me cortará el cuello.

—Háblame de Jack Malone. Es la primera vez que oigo ese nombre.

—No me extraña. Sólo hace dos meses que está en Nueva York. Vino de Detroit. Malone es ahora el favorito de Adamo, ¿comprende? Y el único que pudo preparar la encerrona. Busque por ahí, teniente.

—Buen trabajo, Guzmán. ¿Y dónde puedo encontrar a ese marica?

—En el restaurante que Joe Adamo tiene en la Quinta Avenida; el Excelsior. Ya sabe, ese local de lujo al que suelen ir las estrellas de Hollywood y toda esa mierda.

Jimmy iba a salir cuando se detuvo al escuchar las palabras de Guzmán.

—Teniente…

—¿Sí?

—Vaya con cuidado. Según he oído decir, Jack Malone es mucho peor que Lobatto.

—Se diría que me quieres como a un hermano, Guzmán —sonrió Jimmy.

—Le aprecio, teniente. Ha hecho usted mucho por mí y por mi familia. Si no llega a ser por usted, ahora yo estaría en la miseria.

—Adiós, Guzmán. Y ándate con cuidado.

—Buena suerte.

Jimmy Cash salió a la calle. El cielo amenazaba lluvia. Era uno de esos días tristes que de vez en cuando se respiran en Nueva York. El cielo se cubre de negros nubarrones y parece que se acerca el fin del mundo.

Al pasar frente a un escaparate se detuvo. Había un aparato de televisión y en la pantalla el rostro de su hermano hablando de Indianápolis.

«Voy a intentar ganar. Luego, dejaré la escudería de Ferranti», estaba diciendo.

«Todo el mundo se pregunta por qué ha tomado usted esa decisión después de siete años de correr para Ferranti.»

«Quiero formar mi propia escudería.»

Jimmy se alejó de allí gruñendo entre dientes. Su hermano queriendo formar su propia escudería y él con sólo nueve dólares en los bolsillos.

Y sin Candy.

Eso era lo peor.

Paró un taxi y se hizo conducir al Excelsior.

Cuando entró en el lujoso local, la sangre le ardía en las venas y en la boca tenía el amargo sabor de la venganza.

* * *

Aquella noche, Ferranti acudió a la elegante mansión de su «protector», Enzo Mila. Era éste un individuo de unos setenta años. Alto, distinguido, de cabellos blancos y cuidadosamente peinados hacia atrás, daba la imagen de un potentado del Wall Street y, sin embargo, era el jefe de la mafia de Detroit. Implacable, duro, frío como un témpano y muy inteligente, Enzo Mila dominaba a sus hombres como si fueran marionetas. Todos le temían. Y Ferranti más que ninguno.

—Siéntate… —le ordenó Enzo.

Ferranti ocupó una silla frente a su jefe. Enzo Mila estaba cortando cuidadosamente la punta de un costoso puro habano.

—¿Quiere beber algo, Cleo?

—Un brandy.

Un silencioso mayordomo colocó una elegante copa con la bebida sobre una mesa que Ferranti tenía delante. Luego, se retiró y cerró la puerta del salón.

Enzo dio un par de chupadas a su puro.

Ferranti cogió la copa y echó un trago. Estaba temblando. Conocía muy bien a su jefe y sabía que cuando éste permanecía silencioso más de lo debido, era señal inequívoca de que se avecinaba una tormenta.

—Háblame de Billy Cash —dijo por fin.

—Bueno, es el mejor corredor que tenemos en la escudería y…

Enzo fulminó con la mirada a Ferranti.

—¡Ya sé que es uno de nuestros mejores corredores, imbécil! —masculló—. Eso lo sabe hasta un niño. Lo que quiero saber es por qué ha anunciado que va a dejarnos.

—Eso es una fanfarronada.

—¿Estás seguro?

—Conozco muy bien a Billy Cash. Además, tiene a alguien con él que le hará cambiar de opinión.

—¿Esa chica?

—La misma. Le tiene en el bolsillo. Hace lo que ella quiere.

Enzo se puso de pie y dio algunos paseos por el salón. Ferranti, con la copa en las manos, observaba las idas y venidas de su jefe. Parecía algo más calmado. Pero no había que fiarse.

—Cleo, me parece que tu mayor defecto es tomarme por idiota… —dijo de pronto Enzo Mila deteniéndose y mirando a Ferranti a través del humo de su cigarro puro.

—¿Por qué dice eso, señor Mila?

—Porque según mis informes, la razón por la cual Billy Cash quiere abandonarnos, es algo más que una fanfarronada.

—No sé de qué está hablando, señor Mila… —Ferranti se había vuelto a poner nervioso. —¡Lo sabes muy bien! Lo que sucede es que te niegas a admitir que has fracasado con Bill y Cash.

Enzo Mila volvió a sentarse frente a Cleo Ferranti. Este le miró como un idiota.

—Billy Cash conoce perfectamente nuestros negocios —susurró entre dientes—, Y no quiere verse mezclado en el asunto, ¿no es así?

—Pues…

—Esa es la razón por la que quiere abandonarnos, ¿verdad, Cleo?

—Yo, señor Mila…

—Tú eres un perfecto imbécil… Billy nos tiene en sus manos. Lo sabes, ¿no es cierto? Si se le ocurriera ir con el cuento a la policía, podría ponernos en un serio apuro. ¿Has pensado en eso alguna vez?

—Sí, señor. Pero ¿qué podía hacer? Billy es el mejor corredor del mundo, nos da a ganar mucho dinero y hasta ahora nunca había hablado de abandonamos…

—Pero ahora lo ha hecho, Cleo. Y eso es muy peligroso.

Ferranti asintió con la cabeza.

—Entonces, ya supongo que sabes lo que se suele hacer en estos casos.

—Lo sé muy bien. Y todo está preparado.

—¿A sí? Bien, me gusta oír eso. Veo que no eres tan estúpido como imaginaba. Sin embargo, te duele tener que hacerlo, ¿no es cierto?

—Admito que sí, señor. Billy Cash es… bueno, el mejor corredor del mundo. Le admiro. —De todos modos, tendrás que matarle…

—Supongo que si no cambia de opinión, sí, señor.

—¿Y has pensado el modo de hacerlo?

—Por supuesto.

—Explícamelo.

—Ocurrirá durante la carrera de Indianápolis.

* * *

—¿Tiene mesa reservada el señor? —le preguntó amablemente el *maître.*

—Quiero ver al señor Malone —respondió Jimmy Cash mostrándole su placa de identificación.

El *maître* se apresuró a retirar de sus labios la falsa sonrisa y durante unos instantes miró fijamente al teniente.

—¿Qué le pasa amigo? —le preguntó Jimmy—. ¿Es que no me ha oído?

—Un momento —el *maître* asintió con la cabeza y desapareció entre la hilera de mesas. Jimmy miró a su alrededor.

Lujosas, lámparas, elegantes cuadros, deslumbrantes paredes vestidas de rojo… Todo aquello que contemplaban sus atónitos ojos tenía mucho que ver con el fastuoso decorado de una película. Pero en realidad no era más que una miserable pantalla tras la cual se ocultaban los sucios manejos de aquel hijo de perra llamado Joe Adamo. —Teniente…

Jimmy volvió la cabeza y se encontró frente al áspero rostro del *maître.*

—El señor Lobatto le recibirá inmediatamente. ¿Tiene la bondad de seguirme?

Le introdujo en un corredor con luces indirectas. Habían cuadros en

las paredes de color rojo y un pequeño escaparate a modo de vitrina con valiosos objetos de arte muy lejos de la paga de un policía.

El *maître* llamó a una puerta en la que se leía «Privado».

—¡Adelante!

El *maître* le dejó frente a un hombre fornido y con cara de pocos amigos. Jack Malone estaba sentado detrás de una pequeña mesa de despacho. Tenía una copa en una mano y un cigarrillo en la otra.

—¿En qué puedo servirle, teniente? —la voz del individuo era ligeramente gangosa. Jimmy se fijó en sus ojos. Eran pequeños y escrutadores y en el fondo de los mismos, brillaba una amenazante lucecita. Había visto en muchas ocasiones aquella misma mirada; la mirada de un asesino, de un individuo sin escrúpulos.

—Me llamo Cash. Jimmy Cash.

—Encantado. Tome asiento, por favor.

Pero Jimmy no se movió de donde estaba.

Jack Malone se echó hacia atrás.

¿Tiene usted algo que ver con el famoso corredor de coches? —preguntó con una mueca en sus labios que pretendía ser una sonrisa.

—Es mi hermano.

—Ya. Bien, ¿qué es lo que desea teniente?

—¿Dónde estaba usted el pasado día siete aproximadamente a las cuatro y media de la tarde?

—¡Y yo qué sé!

—Haga memoria.

—¿A qué viene este interrogatorio, teniente? —el rostro de Malone se endureció.

—A esa hora, en un parking de la calle Sexton, alguien me tendió una encerrona en la cual mataron a mi mujer.

Jack Malone se puso en pie.

—A ver si lo entiendo, teniente —gruñó entre dientes—. Al hacerme esa pregunta es que sospecha de mí, ¿no es cierto?

—Lo ha entendido.

Malone rodeó la mesa y se puso frente a Jimmy. Los ojos de Malone brillaban intensamente.

—Teniente Cash —Malone arrastró sus palabras—. Yo no soy ningún asesino.

—Aún no ha respondido a mi pregunta.

—Ni pienso hacerlo.

—Entonces tendré que detenerle. Es posible que una vez en la comisaría se le refresque la memoria.

Malone tardó unos instantes en responder.

—Estaba en este despacho —dijo finalmente de mala gana—. A esa

hora suelo encargarme de la recaudación. Normalmente no abandono el restaurante antes de la seis de la tarde. ¿Satisfecho?

—No del todo.

—¿Qué quiere más?

—¿Tiene algún testigo que pueda corroborar sus palabras?

—¡Naturalmente! Puede preguntarle a cualquiera de mis empleados.

—Lo haré, no le quepa la menor duda.

—Teniente…

—¿Sí?

—¿Por qué diablos piensa que fui yo quien le tendió esa encerrona?

—¿Es usted la mano derecha de Joe Adamo? ¿Sí o no?

—¿Y eso que tiene que ver?

—Mucho. Y usted lo sabe. Las relaciones entre Adamo y yo no son excesivamente cordiales. Y por otro lado, he leído su ficha en comisaría, Malone. Ha estado tres años en la cárcel acusado de extorsión y supongo que habrá algo más que no se ha podido probar. Pero todo se andará.

—Yo no maté a su esposa, teniente.

Jimmy se dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta. Antes de abandonar aquel despacho, se volvió.

—A partir de este momento me voy a convertir en su sombra, Malone. No lo olvide. Jimmy salió a la calle con el convencimiento de que había puesto nervioso a Jack Malone y que éste, tarde o temprano, daría un paso en falso.

Eso era lo único que se había propuesto al entrar en el Excelsior.

* * *

Billy Cash dio varias vueltas en su bólido. Ahora, todo funcionaba a la perfección. Los alerones habían sido convenientemente ajustados. Su McLaren funcionaba con la precisión de una pieza de relojería.

—¡Muy bien, Rod! —le gritó al mecánico cuando regresó a los boxes —. Todo ha ido perfectamente.

—Me alegro, señor Cash —respondió Rod, un hombre de mediana estatura y que cojeaba ligeramente al andar.

Billy Cash abandonó el bólido y se acercó a Ferranti. Su jefe estaba sentado en las gradas. Llevaba gafas de sol y tenía un puro entre los dedos.

—Has hecho un tiempo magnífico, Billy. Indianápolis va a ser un paseo.

El corredor encendió un cigarrillo y luego miró a Ferranti.

—Supongo que no van a haber represalias contra mí, ¿verdad, Cleo?

Ferranti hizo como si no hubiera entendido la pregunta.

—No sé a qué te refieres, muchacho.

—Lo sabes muy bien.

Ferranti se echó a reír.

—¿Tú qué crees, Billy?

—Que sois capaces de todo.

—La solución está en tus manos. Firma un nuevo contrato conmigo y no tendrás nada que temer.

—¿Y si no lo hago?

—Billy, usa la cabeza. Sólo puedo aconsejarte eso, muchacho. Usa la cabeza.

—Está muy claro —murmuró Billy Cash—. No puedo fiarme de ti. De ninguno de vosotros.

—Yo no he dicho tal cosa.

—Pero Jo estás insinuando. Eres un puerco, Cleo. Sabes muy bien que no voy a ir con el cuento a la policía. No soy de esos.

—Sí, yo te conozco bien, muchacho. Pero ¿y los demás? No olvides que por encima de mí hay otras personas mucho menos… sensibles y comprensivas. Te lo repito una vez más. Usa la cabeza.

Billy Cash aplastó el cigarrillo con el pie.

—Tú también deberías usarla, Cleo…

—¿Qué diablos quieres decirme con eso?

—Nada —Cash echó a andar.

—¡Espera! —gritó Ferranti levantándose de un salto. De un par de zancadas se plantó junto al corredor—, ¿Qué estás insinuando? Vamos, vamos, habla claro.

—Estás en mi lista negra, Cleo.

—¿Qué? —preguntó desconcertado Ferranti.

—Tengo una lista negra de todos mis enemigos —prosiguió tranquilamente el corredor—. Y esa lista llegará a manos de mi hermano si a mí me ocurre algo. ¿He hablado con suficiente claridad?

Ferranti gruñó algo que Billy Cash no pudo oír porque ya caminaba hacia los vestuarios. Pero acababa de firmar su sentencia de muerte.

Capítulo V

POCO antes de que Billy Cash llegara a su lujoso apartamento, Lucy había recibido una llamada telefónica de Ferranti ordenándole que intentara averiguar si el corredor tenía realmente aquella lista y si era así, descubrir dónde la ocultaba.

Lucy se apresuró a registrar el apartamento, pero no encontró absolutamente nada.

Sin embargo, Lucy no era ninguna tonta y por otro lado le convenía estar a bien con

Ferranti porque era quien le pagaba y espléndidamente por cierto.

Por ello, en cuanto Billy llegó al apartamento, la muchacha se hizo el serio propósito de averiguar si aquella lista existía realmente.

El corredor la encontró con gesto muy preocupado, casi al borde de las lágrimas.

—¿Qué te sucede, Lucy?

—Nada… —la chica no tuvo que esforzarse demasiado en fabricar un par de convincentes pucheros.

Él se sentó a su lado y pasó un brazo por los desnudos hombros.

—Vamos, cuéntale a Papá Noel todos tus problemas.

Ella le miró, compungida y algo asustada. Lucy estaba demostrando' unas magníficas dotes de actriz.

—Esta noche he tenido una horrible pesadilla, Billy. He soñado que… ¡Oh, Dios mío! ¡Cada vez que lo recuerdo me pongo enferma!

El corredor intentó consolarla. No quería que su amada Lucy sufriera.

—Cálmate, cariño… —susurró él acariciando los cabellos de la muchacha—. Sólo se trata de una pesadilla. Anda, Cuéntamelo todo.

—Estabas corriendo en Indianápolis… cuando de pronto… tu bólido se ha salido de la pista y… te he visto volar por los aires… envuelto en llamas… ¡Ha sido un sueño espantoso!

El la besó en el hombro, con dulzura, emocionado.

—Estás influenciada por lo que ha dicho Andy Levine, Lucy. Eso es todo. Pero no tienes nada que temer. No me va a ocurrir nada.

Ella le miró entre lágrimas.

—¿Y si fuera cierto, Billy? ¿Y si esos canallas hubieran preparado tu

muerte?

—No lo creo… —dijo pensativamente Billy poniéndose de pie. Encendió un cigarrillo y miró a la muchacha—. No, no lo creo, nena. Es una fanfarronada de Ferranti… Pero ¿qué estoy diciendo? Sólo es una suposición de Andy Levine, un presentimiento.

—¿Y si fuera cierto?

Billy Cash tardó unos segundos en responder.

—Tengo mis medidas tomadas, Lucy.

La muchacha se dio cuenta de que estaba llegando al fondo de la cuestión. Ahora tenía que ir con mucho cuidado para que él no sospechara sus verdaderos propósitos.

—¿De verdad? —preguntó inocentemente.

Billy asintió con la cabeza.

—Precisamente, hace un rato, durante el entrenamiento, he estado hablando de eso con Ferranti —el corredor se echó a reír—. Le he metido el miedo en el cuerpo.

Ella no dijo nada. No quería forzar excesivamente la situación.

—Le he hecho creer que tengo una lista con todos los miembros de la organización y que llegará a manos de mi hermano si me sucediera algo.

—¿Quieres decir que es mentira, Billy? ¿Que no existe tal lista?

—¡No! Sin embargo…

—¿Qué, cariño?

—No estaría nada mal que la confeccionara, ¿sabes? Sería un magnifico seguro de vida para mí.

—¿Y por qué no lo haces? Yo misma podría encargarme de hacerla llegar a Jimmy.

—No es mala idea, Lucy.

Ella sonrió mientras pensaba que los hombres son unos perfectos estúpidos.

* * *

Jimmy Cash tuvo un día realmente agitado.

En primer lugar, tuvo que enfrentarse al capitán Brown. Este seguía en sus trece de no quererle asignar el caso del asesinato de Candy. Jimmy por su lado, tampoco quería ceder. Fue un duro tira y afloja entre ambos.

Finalmente. Jimmy se vio obligado a presentar su dimisión.

Aquello hizo recapacitar a su superior.

—Está bien, Jimmy. Tú ganas. Te autorizo a que te hagas cargo del caso, pero con una condición…

—¿Qué tipo de condición, capitán?

—Que a la primera que te salgas de las normas establecidas, te sustituyo.

—De acuerdo.

Jimmy abandonó la comisaría algo más tranquilo. Ahora podía actuar a sus anchas, sin tener que dar explicaciones a nadie y en cuanto a salirse de las normas establecidas… eso dependería de aquellos malditos asesinos.

Sabía que le esperaba una dura tarea. Joe Adamo ya habría sido informado por Jack Malone de su visita al Excelsior y con toda seguridad Adamo ya habría tomado sus medidas.

Eran las seis y media de la tarde cuando Jimmy Cash se encontraba frente al lujoso restaurante. Sentado al volante de su coche, se fumó un cigarrillo tras otro mientras esperaba a que apareciera Jack Malone.

El matón de Joe Adamo no abandonó el Excelsior hasta cerca de las siete. Subió a un lujoso automóvil y se dirigió por la Quinta Avenida en dirección al Bronx. Jimmy Cash le seguía a prudente distancia. Ni muy cerca ni muy lejos con el fin de no perderle de vista cosa que era muy fácil teniendo en cuenta la intensidad del tráfico.

Malone detuvo su coche en un edificio de apartamentos de la calle 44. Jimmy tomó nota de aquel número en la pequeña libreta que siempre llevaba consigo. Luego, asomó la cabeza por la ventanilla y miró en dirección al edificio. Era bastante lujoso. Pensó que

Malone podía vivir allí. Al cabo de un rato llegó otro coche y de su interior se apeó alguien a quien el teniente reconoció inmediatamente. Se trataba de Dick Dandy, un elegante negro metido en el mundo de los estupefacientes.

Dandy miró a ambos lados de la calle antes de desaparecer en el edificio.

Después de una media hora de espera, Dick Dandy y Jack Malone aparecieron juntos, se metieron en el coche del primero y se alejaron. Entonces, Jimmy Cash se apeó del suyo y se dirigió al edificio de apartamentos.

—Entrégueme la llave del apartamento que ocupa el señor Malone — le dijo Jimmy al conserje mostrándole su placa de identificación.

—No puedo hacer tal cosa sin una orden judicial —respondió el conserje sin inmutarse.

—De acuerdo. La tendrá aquí dentro de quince minutos. Déme el teléfono.

* * *

Billy Cash estaba desnudo sobre la cama, satisfecho después de haberle hecho el amor a Lucy. La muchacha estaba en el baño.

La idea de confeccionar una lista con todos los miembros más importantes de la organización con el fin de salvaguardar su propia vida, no era nada mala. Se lo había dicho a Ferranti únicamente para impresionarle, pero quizá tendría que hacerlo y cuanto antes mejor. Empezó a barajar los nombres en su cerebro.

Se levantó de la cama y se dirigió al pequeño escritorio. Cogió un bolígrafo y empezó a escribirlos en un papel.

—¿Qué estás haciendo? —oyó de pronto a sus espaldas.

—Apuntando unos nombres…

Lucy se acercó a él mientras se ponía una bata. Se inclinó sobre el escritorio.

—Solamente conozco a Ferranti —mintió la muchacha—. ¿Quiénes son los demás?

—Es mejor que de momento no lo sepas. Podrías verte envuelta en algún lio… —Billy

Cash dobló el papel y lo metió en uno de los cajones del escritorio—. Antes de pasarla en limpio, tengo que decidir si sigo adelante con la idea o no.

Cogió por la cintura a Lucy y la obligó a sentarse sobre sus rodillas.

—Mientras estaba tumbado en la cama, he estado haciendo algunos planes para los dos.

¿Qué te parecería si después de Indianápolis nos fuéramos a pasar una larga temporada en las Bahamas?

—¿Las Bahamas? ¡Hum! ¡Eso me suena a maravilla!

—Pues así lo haremos, nena. Quiero alejarme algún tiempo de las carreras.

—Y de Ferranti.

Él sonrió.

—Sí, también de él…

En aquel momento, sonó el teléfono.

Lucy lo descolgó.

—¿Quién llama?

—¿Está Billy? Soy su hermano Jimmy.

—Un momento.

La muchacha le entregó el auricular al corredor.

—Es tu hermano.

—¡Jimmy! ¿Qué tal va eso? ¿Cómo te encuentras?

—Un poco mejor. Oye, Billy, me gustaría hablar contigo personalmente. Es importante.

—¿Por qué no nos encontramos en Indianápolis? Estaré allí mañana por la tarde.

—De acuerdo. Nos veremos en el circuito.

—Tendrá que ser después de la carrera.

—Muy bien.

—Oye, ¿ocurre algo grave?

—Te lo contaré mañana.

Billy colgó pensativamente.

—¿Sucede algo? —le preguntó Lucy.

—No lo sé. Pero mi hermano parecía preocupado.

En Nueva York, después de hablar con su hermano, Jimmy Cash abandonó la cabina telefónica a tiempo de ver regresar a Jack Malone a su apartamento. ¡Le habría gustado ver la cara que ponía cuando el conserje le informara de que un policía testarudo lo había estado registrando después de conseguir un permiso judicial!

* * *

Indianápolis, tres y media de la tarde…

El circuito estaba totalmente abarrotado de un apasionado público la mayor parte del cual se encontraba allí para ver correr a su ídolo Billy Cash.

Jimmy llegó poco antes de que comenzara la carrera y se instaló en su localidad. Afortunadamente había podido conseguir una situada frente al box de su hermano. La distancia era bastante considerable, pero llevaba unos magníficos prismáticos que le permitían observar con atención todo lo que estaba ocurriendo en el mismo.

De ese modo pudo ver a una linda muchacha hablando con Billy. Jimmy pensó que pudiera tratarse de la amiguita de tumo. También vio a dos tipos. Uno elegante y otro que no se separaba de él ni un solo instante. Naturalmente, en aquel momento, el teniente ignoraba que se trataba de Ferranti y de su secretario y guardaespaldas Sam Wilson.

Poco a poco, los bólidos se fueron colocando en la línea de salida según los tiempos conseguidos en las pruebas de clasificación. Billy Cash, ocupó la tercera posición. Jimmy recordó en aquel momento que su hermano siempre le había dicho que aquella era la posición que más le gustaba, ni muy cerca ni muy lejos del primer clasificado, en esta ocasión el brasileño Sambao.

El rugido de los motores era infernal y cuando el juez dio la salida, los bólidos salieron disparados. Jimmy admiraba a los hombres que conducían aquellos potentes bólidos no sólo porque se jugaban la vida en cada carrera, sino por su pericia en conducir aquellas máquinas perfectas a velocidades que daban vértigo.

Después de la primera vuelta, su hermano seguía en la tercera posición procurando con habilidad no ser sobrepasado por un Brabham de color rojo con el número 17. Jimmy sabía muy bien que Billy

intentaría por todos los medios conservar aquella privilegiada posición mientras le fuera posible para, en el momento que él creyera oportuno, lanzarse a la caza del primer clasificado.

Buena parte de la carrera siguió con las mismas características. Nadie daba su brazo a torcer, las posiciones seguían siendo prácticamente las mismas desde el inicio de la competición. Billy había sacado una buena distancia a su más inmediato rival que en esta ocasión ya no era el Brabham sino un Lotus de color amarillo con franjas azules.

De repente, el corazón de Jimmy Cash se paralizó.

El bólido de su hermano, de forma inexplicable, se había salido de la pista y fue a estrellarse con violencia contra el muro de contención. Inmediatamente después, se vio una bola de fuego. A través de los prismáticos, Jimmy pudo contemplar con horror, sin poder hacer absolutamente nada por impedirlo, como su hermano salía del bólido envuelto en llamas y caía fulminado al suelo mientras dirigían hacia él tres mangueras de espuma.

Todo había ocurrido en apenas unos segundos. Instantes después, los altavoces anunciaban la muerte de Billy Cash.

* * *

Jimmy estaba apoyado en una de las frías paredes del hospital, con los ojos clavados en el brillante suelo. Su cabeza estaba totalmente en blanco, era incapaz de pensar nada de forma coherente, todo le parecía una pesadilla, una brutal pesadilla…

Primero había sido Candy y ahora su hermano Billy. Dos muertes que para él significaban mucho, quizá demasiado y por ello estaba convencido de no poder superarlas mientras tuviera vida…

—Jimmy…

El teniente levantó la cabeza y se encontró frente a la compungida Lucy.

—Mi nombre es Lucy Marlowe —dijo ella soltando una lagrimita—. Billy y yo, éramos buenos amigos… Muy buenos amigos… No sabes cómo lamento lo ocurrido, Jimmy… Yo… —volvió a soltar algunas convincentes lágrimas—, le quería mucho… Comprendes lo que quiero decir, ¿verdad?

Jimmy asintió con la cabeza.

—Ha sido un golpe muy duro —dijo el teniente—. Muy duro, Lucy. ¡Maldita sea! ¿Por qué habrá tenido que pasarle a él? Era un buen chico…

—Sí… es verdad.

Guardaron silencio. Lucy se enjuagaba alguna lágrima de vez en cuando mientras Jimmy, que había encendido un cigarrillo, se

preguntaba qué diablos estaban haciendo allí.

—¿Quieres un café? —le preguntó a la muchacha.

—No me vendría mal.

Se dirigieron a una cafetería próxima y Jimmy pidió dos cafés. Le ofreció un cigarrillo a Lucy que ella rechazó amablemente.

—Billy… me dijo que eres policía.

—Así es.

—Y también me dijo que habían asesinado a tu mujer.

—Es cierto. Hace poco menos de quince días.

—Habrán significado dos golpes muy duros para ti, Jimmy.

—Mucho. ¿Se sabe ya cuál ha sido la causa del accidente?

—Todavía no. Ferranti está intentando averiguarlo.

—¿Ferranti?

—El jefe de Billy. El director de la escudería.

Apuraron los cafés y regresaron al hospital. Ferranti se hallaba reunido con unos periodistas. A su lado, se encontraba su inseparable Sam Wilson.

Este observó detenidamente a Jimmy a través de sus oscuras gafas de sol.

—De momento, es todo cuento puedo decirles, amigos… —estaba diciendo Ferranti a los periodistas—. Si sé algo más, les prometo que les mantendré puntualmente informados.

Los periodistas se alejaron en grupo. Ferranti miró en dirección a Jimmy y esbozó una sonrisa de circunstancias.

—Usted debe de ser el hermano del pobre Billy… —dijo con voz emocionada.

—Sí, soy Jimmy Cash.

Ferranti se apresuró a tenderle la mano.

—Soy Cleo Ferranti. Era el jefe y amigo de su hermano… su mejor amigo.

—¿Se sabe cuál ha sido la causa del accidente? —preguntó el teniente.

—Al parecer un fallo en el sistema de frenado —se apresuró a responder Ferranti—. Afortunadamente no suele ocurrir con frecuencia, pero en esta ocasión… Dios mío, ha sido espantoso. Casi no puedo creerlo. ¡Billy muerto! Hay veces que me parece que se trata de una pesadilla.

—¿Un fallo en el sistema de frenado? —preguntó Jimmy—. ¿Y cómo es que no se dieron cuenta de ello antes de que comenzara la carrera?

—En ese momento, el bólido estaba en perfectas condiciones, señor Cash —respondió Ferranti—. Pero la avería puede producirse durante la carrera.

—Comprendo.

—Tenemos que decidir cuándo se van a celebrar los funerales —murmuró Sam Wilson. —Es cierto —asintió Ferranti. Luego miró al teniente—, ¿Le parece mañana, señor Cash? —De acuerdo. Y ahora discúlpenme. Me voy al hotel a descansar un rato. Tengo los nervios destrozados.

—Si necesita algo sólo tiene que pedírmelo, señor Cash —le dijo amablemente Ferranti.

El teniente se alejó lentamente por el corredor y una vez que hubo desaparecido por la puerta de hojas batientes que se encontraba al fondo del mismo, Cleo Ferranti dejó escapar un bufido.

—Nos va a crear problemas —dijo.

—¿Por qué crees eso? —le preguntó Lucy.

—Según mis informes es un buen policía. Joe Adamo me ha estado hablando de él. Es duro e inflexible como el granito y no abandona jamás una presa.

—Pero presta sus servicios en Nueva York —dijo Sam Wilson—. Eso nos libra de él.

—Yo no estaría tan seguro —respondió pensativamente Ferranti—. Le ha estado buscando las cosquillas a Joe Adamo y a Jack Malone. Tarde o temprano atará cabos. ¿No crees?

—Es posible… —asintió Sam—. Le vigilaremos.

—Ella le vigilará —dijo Ferranti mirando a Lucy.

—¿Yo?

—Sí, como lo estuviste haciendo y muy bien por cierto con su hermano.

—Pero…

—Nada de peros, Lucy —cortó Ferranti con un enérgico gesto de su mano—. Vas a pegarte a él y nos tendrás informados de todos sus movimientos… ¿Alguna pregunta?

Capítulo VI

LUCY prefería los corredores de coches que a los policías. Eso era evidente. La razón era bien sencilla. Un corredor de coches podía invitarla a champán y caviar. Un policía, a un refresco y a un perro caliente.

Pero no era cuestión de discutir con Cleo Ferranti. Este tenía unos tentáculos demasiado poderosos y podía estrangularla con ellos.

Descubrió que Jimmy Cash se hospedaba en un sencillo hotel de la Avenida Pearson, pero como no podía subir a su habitación y decirle: «Hola, encanto. Me envía Ferranti para que te vigile», decidió que lo mejor era esperar en el interior de su coche, a resguardo de la lluvia que había comenzado a caer.

La espera fue mucho más larga de lo que ella había supuesto. Jimmy Cash salió del hotel dos horas después, dos larguísimas horas durante las cuales Lucy se fumó una cajetilla de tabaco y se destrozó a mordiscos la uña del pulgar de su mano izquierda.

El teniente se metió en el bar más próximo. Lucy decidió lo que tenía que hacer en apenas unos segundos. O continuaba en su coche y luego le seguía, o se metía en el mismo bar y exclamaba al verle: «¡Qué casualidad!» Como estaba harta de esperar y tenía sed, pensó que lo mejor era hacer esto último así que se apeó de su automóvil, cruzó la calle y se metió en el local.

Jimmy Cash la vio a través del espejo que tenía delante y se volvió rápidamente.

Ella hizo como si no le hubiera visto y tomó asiento cerca de la puerta. Sabía que el teniente ya la había descubierto así que adoptó la actitud más conveniente. Abrió el bolso y sacó un pañuelo. Hizo como si se limpiara una lágrima y luego volvió a guardar el pañuelo sacando a continuación y con una actitud premeditadamente pensativa, una cajetilla de tabaco. Encendió un cigarrillo, expelió el humo y se quedó mirando la calle como una estúpida y preguntándose cuándo se decidiría el teniente a acercarse a ella. —Hola, señorita Lucy —oyó de pronto.

Ella levantó la cabeza, muy sorprendida.

—¡Teniente! ¡Vaya casualidad!

—¿Puedo sentarme?

—Por favor…

Jimmy se sentó frente a ella.

—Con la cantidad de bares que debe de haber en la ciudad y hemos ido a coincidir en el mismo —dijo el teniente.

Lucy esbozó una sonrisa de circunstancias.

De repente, se le ocurrió-una brillante idea.

—Me estoy comportando como una estúpida, ¿verdad? —preguntó la muchacha bajando la cabeza.

—¿Qué quiere decir?

—Que lo he estado siguiendo.

—¿Por qué?

—Porque quería hablar a solas con usted…

—Sí, eso es cierto, ha debido verme entrar en el local y sin embargo, ha hecho como si no me hubiera visto.

—Tiene razón.

—¿Por qué no me dice la verdad de una vez?

—Se la estoy diciendo. Pero en el último momento… he estado a punto de volverme atrás, por eso he hecho como si no le hubiera visto. Ya estaba dispuesta a irme cuando ha llegado…

Jimmy guardó silencio. Sabía que la muchacha le estaba engañando y se preguntó por qué lo haría. Bien, le seguiría el juego.

—¿Por qué motivo quería hablar a solas conmigo, Lucy?

—Quizá piense que se trata de una tontería, teniente. Me gustaría que me hablase de Billy. Él hablaba muy poco de sí mismo. Jamás se refirió a su pasado. Nunca supe si estuvo casado, si hubo otra mujer en su vida antes que yo… Naturalmente no me refiero a sus aventuras que sé que las tuvo y que fueron muchas, sino…

—Sé a lo que se refiere, Lucy. Pero voy a responderle algo que posiblemente la sorprenderá. Estoy seguro de que el poco tiempo que convivió con mi hermano, le contó muchas cosas de las que nunca me contó a mí.

—En ese caso, olvide lo que le he dicho, teniente —dijo Lucy haciendo intención de levantarse.

—¿Y a ha cenado?

—Todavía no.

—¿Me permite que la invite?

—Por supuesto, Jimmy.

—¿En qué hotel se hospeda?

—En el Roxy. Está en la calle Hudson.

—Estaré allí a las ocho y media. ¿Le parece bien?

—Muy bien. Hasta luego, teniente.

En cuanto la muchacha se hubo marchado, Jimmy se dirigió a la barra.

—Tengo que llamar a Nueva York.

—El teléfono está al fondo.

Diez minutos más tarde, estaba hablando con su ayudante.

—Busca en los archivos a una tal Lucy Marlowe. Un metro setenta, cabellos rubios, unos treinta años, y condenadamente hermosa.

—¿Está fichada por algún motivo en particular?

—Ni siquiera sé si está fichada. Te volveré a llamar dentro de una hora.

—De acuerdo, jefe.

* * *

Después de los funerales, Lucy le dijo:

—Regreso a Detroit, ¿Y tú qué haces?

Jimmy minó en dirección a Cleo Ferranti. Llevaba un impecable traje oscuro y estaba hablando con dos conocidos corredores de Fórmula 1.

—¿El teniente regresa a Detroit?

Lucy se volvió.

—¿Ferranti? Claro. Tiene allí sus negocios. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada.

—Un policía jamás hace preguntas «por nada» —sonrió tímidamente Lucy.

—Ese tipo no me gusta —musitó Jimmy—. Ni Sam Wilson tampoco. Ni alguno de los individuos que han asistido al funeral. Sobre todo uno de ellos; Enzo Mila.

—¿Le conoces?

—Es un jefe mafioso. ¿Qué diablos tenía que ver ese tipo con mi hermano?

—No lo sé… —Lucy se encogió de hombros—. Jimmy, estás agotado. ¿Por qué no te vienes unos días a Detroit? Aquello es más tranquilo que Nueva York. Jimmy la miró fijamente.

—¿Tú quieres que vaya?

—Si.

—Entonces iré.

* * *

Lucy estaba muy nerviosa.

Ferranti se dio cuenta de ello.

—¿Qué diablos te pasa?

—No lo sé, Cleo. Pero tengo la sensación de que algo va a salir mal.

Estaban los dos en el elegante salón que éste tenía en la suite del hotel donde se encontraba hospedado. Ferranti miró en dirección a las preciosas piernas de la muchacha. Sabía que era una furcia de lujo, de esas que suelen entregarse al mejor postor. El odiaba a las furcias, pero Lucy era distinta. Tenía clase e inteligencia, y aunque nunca se había acostado con ella, estaba seguro de que se trataba de una mujer tremendamente apasionada…

—¿De qué me estás hablando, Lucy? —le preguntó Ferranti sorbiendo un poco de champán.

—De Jimmy Cash.

—¿Qué pasa con él?

—Es listo como un zorro. Esta mañana, durante el funeral, ha reconocido a Enzo Mila. Ahora empezará a atar cabos.

—Atará todos los cabos que nosotros queramos, nena —dijo apaciblemente Ferranti—. En cuanto comprobemos que se ha vuelto peligroso, acabará como su hermano.

Lucy guardó silencio.

—He conseguido que me acompañe a Detroit —dijo finalmente.

—Perfecto.

—Sin embargo, tengo la sensación de que se limita a seguirme el juego.

—Lucy, lo único que tienes que hacer es vigilar todos sus movimientos. Lo demás corre de nuestra cuenta, ¿comprendes?

Ferranti se puso en pie y se acercó a la muchacha. Intentó acariciar una de sus piernas pero ella se apresuró a retirarla.

—En mi contrato no figura que tengas derecho a manosearme, Cleo.

Él se echó a reír.

Sam Wilson entró en aquel momento con un teléfono.

—Le llaman de Nueva York, señor Ferranti — dijo entregándole el aparato.

—¿Quién es?

—Joe Adamo.

—¿Joe?

—¿Qué tal, Cleo? ¿Cómo van las cosas?

—Bien. ¿Por qué me llamas?

—¿Sigue ahí el teniente Cash?

—Sí, pero mañana estará en Detroit.

—Deberías darle el pasaporte, Cleo. Y cuanto antes, mejor.

—¿A qué vienen tantas prisas? No es saludable cargarse a un policía si no es absolutamente necesario.

—Tengo un «socio» en la comisaría donde presta sus servicios Cash.

—¿Y qué?

—Nuestro amigo el teniente ha estado investigando a Lucy Marlowe.

Ferranti miró a la muchacha. Estaba cómodamente recostada en el sofá sin prestar ninguna atención a la conversación telefónica que estaba sosteniendo aquél.

—De acuerdo —respondió finalmente Ferranti—. Ya veré lo que hago.

—Yo puedo encargarme de él cuando regrese a Nueva York. Le tengo ganas a ese policía.

—Veremos —Ferranti colgó el teléfono y se sentó junto a la muchacha—. Era un amigo de Nueva York. Me ha llamado para informarme de que Cash ha estado haciendo averiguaciones acerca de ti.

—¡Ese bastardo!

—Calma. Estás limpia, ¿no?

Tuve ciertos problemas en Florida.

—¿Qué clase de problemas?

—Prostitución. Yo trabajaba en un club. Hada de «gancho», ya sabes. Una noche entró la policía y se nos llevó a todas. Pero de eso hace casi cinco años.

Ferranti sonrió.

—Eso no tiene ninguna importancia. Si Cash te habla de ello, invéntate cualquier excusa. Recurre a la clásica historia de que no tenías familia y que tenías que ganarte la vida de algún modo. Lo que quiero, nena, es que el teniente acabe confiando ciegamente en ti, ¿comprendes? Es el único modo de tenerle controlado.

—Ya te lo he advertido antes, Cleo. Ese policía es listo y no va a rendirse fácilmente. Y quiera Dios que no descubra que su hermano fue asesinado.

* * *

Detroit, tres días después.

Jimmy Cash estaba observando silenciosamente a su alrededor deteniendo la mirada en cada uno de los objetos que más le hacían recordar a su hermano, como era el caso de los innumerables trofeos o de las fotografías enmarcadas que colgaban de las paredes. En cada una de ellas estaba reflejado un momento importante en la vida de Billy, como era el caso de aquella en la que estaba subido en el pódium de los vencedores después de haber ganado en Monza…

—Quizá habría sido mejor para ti no haber venido a este lugar, Jimmy —le dijo Lucy—, Pero pensé que te gustaría conocer dónde vivía tu hermano.

—Has hecho bien, Lucy.

Jimmy tomó asiento y encendió un cigarrillo. Luego, miró a la muchacha.

—Tengo que decirte algo.

—¿Qué es ello?

—He estado haciendo averiguaciones acerca de ti.

Naturalmente, Lucy fingió ignorarlo.

—¿Y por qué lo has hecho, Jimmy? ¿Es que no te fías de mí?

—El deber de un policía es no fiarse de nadie, sobre lo todo si se está en contacto con hombres como Ferranti o Mila…

—¿Y has descubierto algo malo en mi ficha? —sonrió Lucy.

—Sólo lo de Florida. Sabes a lo que me estoy refiriendo, ¿verdad?

—Por supuesto. Aquélla fue una mala época para mí y…

—No tienes por qué darme explicaciones, Lucy. Pero sí me gustaría que me ayudaras.

—¿Ayudarte? —Lucy se puso en guardia—. No te comprendo…

—Háblame de Ferranti.

—No sé gran cosa. Únicamente que era el jefe de Billy.

—Pero mi hermano debía estar al corriente de las actividades de Ferranti y de Mila, ¿no es cierto?

—Es que yo no sé cuáles son sus actividades —respondió ella con mucha tranquilidad. Tenía que ir con mucho cuidado con las respuestas. Jimmy estaba ahondando en un tema muy peligroso.

—¿Mi hermano no te habló jamás de ello?

—¿De qué?

—De que Ferranti y Mila son dos conocidos mafiosos, aunque no hay ninguna prueba contra ellos para poderlos enviar a la cárcel.

—Creo que Billy ignoraba eso.

—Yo no. Mi hermano no era ningún estúpido, Lucy, y después de tanto tiempo de amistad con Ferranti, algo tenía que saber…

—Jimmy dime una cosa, ¿a qué viene este interrogatorio?

El teniente se puso de pie y se acercó a una de las ventanas.

—Ni yo mismo lo sé… —respondió finalmente—. Pero después de muchos años de profesión, llega un momento en que un policía desarrolla un sexto sentido tan acusado que es capaz de adivinar muchas cosas… Por ejemplo, hay algo muy raro en la muerte de mi hermano.

El corazón de Lucy empezó a latir con fuerza.

—¿Qué quieres decir, Jimmy?

—Que podría haber sido asesinado.

—¿Asesinado?

—Es sólo una suposición, claro. No tengo ninguna prueba… todavía.

La muchacha procuró serenarse, calmar los nervios que sentía en aquel momento. Jimmy Cash estaba resultando mucho más peligroso de

lo que había supuesto.

—Pero, Jimmy… ¿por qué iban a querer asesinar a tu hermano?

—Eso es lo que no sé. Pero a lo mejor decido abrir una investigación. Tendré que pensarlo. Ahora me vuelvo a Nueva York.

—Me dijiste que te ibas a quedar unos días en Detroit…

—He cambiado de opinión. Me voy esta misma noche. Y ahora perdóname. Voy a dar una vuelta. Necesito salir de aquí…

Cuando Lucy se quedó a solas, descolgó rápidamente el teléfono y llamó a Ferranti.

* * *

Jimmy Cash entró en un bar situado dos calles más abajo.

Andy Levine estaba sentado al fondo del local, con una cerveza frente a él y un cigarrillo colgándole de los labios.

Jimmy Cash se sentó a su lado.

El mecánico le miró.

—¿Qué tal ha ido?

—A pesar de los esfuerzos que ha hecho por mostrarse serena, estaba muy nerviosa. —Ahora le habrá ido con el cuento a Ferranti, teniente.

—Eso es precisamente lo que me propongo.

—Está jugando con fuego. Lo sabe, ¿no?

—Estoy acostumbrado —el teniente volvió la cabeza hacia el mecánico—. Estamos jugando con las suposiciones, señor Levine. Pero en todo caso, usted corre el mismo peligro que yo. Necesitará protección policial.

—No, teniente… No quiero a ningún poli pegado a mis talones. Ya le he dicho lo que pienso. Es cierto que no existe ninguna prueba para acusar a Ferranti de la muerte de Billy, pero estoy seguro de que él lo mató. Su hermano sabía muchas cosas y había amenazado con irse porque no estaba dispuesto a verse mezclado en los sucios manejos de la organización… En cuanto a mí, me largo hoy mismo de Detroit. Y usted vaya con mucho cuidado o acabará como Billy.

Capítulo VII

MÁS tarde, cuando Jimmy Cash regresó al apartamento de su hermano, encontró a Lucy en el baño.

—¡Me estoy duchando! —exclamó la muchacha desde el otro lado de la entreabierta puerta—. Enseguida salgo. ¿Por qué no preparas un par de whiskys mientras tanto?

Jimmy miró a su alrededor. El pequeño mueble bar estaba en un rincón, junto al escritorio. Cogió la botella de whisky de la estantería y dos vasos con hielo. Llenó éstos hasta poco menos de la mitad y se dispuso a esperar a que la chica saliera del baño.

De repente, fijó su atención en el escritorio. Sobre el mismo habían algunas cartas abiertas, facturas, y un croquis hecho por su hermano de un bólido de carreras. Sobre los alerones había un interrogante. Jimmy no entendió que significaba aquello exactamente. Entonces, abrió uno de los cajones y vio un papel doblado. Lo desdobló. Habían unos nombres escritos con puño y letra de Billy.

FERRANTI ENZO MILA PROFUMO GAROTTA

—¿Qué estás haciendo? —oyó de repente a sus espaldas.

Jimmy le mostró aquel pedazo de papel a Lucy.

—¿Sabes qué significa esto?

La muchacha procuró adoptar una gran naturalidad.

—No tengo idea.

—No importa —respondió el policía guardándose el papel—Tu whisky.

Lucy cogió el vaso que le tendía Jimmy. Luego, tomó asiento en el sofá procurando hacerlo de modo que él pudiera contemplar a sus anchas sus hermosas piernas. Pero el teniente no parecía muy interesado en el espectáculo.

—Jimmy… deja por una vez de comportarte como un policía y siéntate a mi lado.

El obedeció. El perfume de Lucy penetró como un dardo por sus fosas nasales.

—Un policía nunca puede dejar de comportarse como tal, Lucy —

dijo Jimmy—, y mucho menos cuando está sentado sobre un barril de pólvora. Además no puedo perder mucho tiempo. Mi avión hacia Nueva York sale dentro de dos horas.

—¿Y si te dijera que me gustaría ir contigo? Hace mucho que no voy por allí.

Jimmy esbozó una sonrisa.

—Eso tiene fácil arreglo. Sólo tienes que hacer tu equipaje.

La muchacha pasó una mano por el rostro del teniente.

—¿Deseas que vaya?

—De otro modo no te lo habría dicho.

Ella le ofreció sus labios y Jimmy los besó. Sabía que estaba jugando con él, pero no le importaba.

Toda la ventaja era suya.

Y pensaba aprovecharse de ello.

* * *

Joe Adamo se encontraba en el Excelsior. Frente a él tenía a su guardaespaldas y amigo Jack Malone. El restaurante estaba abarrotado de público, un público selecto e influyente.

Ambos hombres ocupaban una mesa algo apartada del resto.

—Según mis noticias, Cash llega esta misma noche —le dijo Joe Adamo a Malone—. Y he recibido órdenes de eliminarle.

—¿Y por qué diablos no se han encargado de él en Detroit?

—Usa la cabeza, Jack. De haberlo hecho allí, la policía habría metido sus narices en el asunto y aquello está limpio, ¿comprendes? Eso nos permite que Ferranti pueda moverse a sus anchas. Sin embargo, si lo hacemos en Nueva York no tiene mayor trascendencia. La policía ya está acostumbrada.

—Está bien. ¿Quién se hará cargo del trabajo?

—Tú.

—¡Magnífico! —gruñó Malone—. ¿No había otro?

—Escoge un par de hombres —dijo Joe Adamo eludiendo la pregunta—. Te sugiero a Dick Dandy.

—Ya había pensado en él. ¿Cuándo hay que hacerlo?

—Antes de cuarenta y ocho horas.

—Bien… —dijo Malone haciendo intención de ponerse de pie. Pero Joe Adamo le cogió por un brazo—. ¿Qué pasa ahora?

—Al teniente le acompaña una mujer —dijo Joe Adamo.

—¿Y qué?

—También hay que matarla a ella. Sabe demasiado.

* * *

El teniente Jimmy Cash y Lucy se apearon del avión en una noche bastante cerrada y que amenazaba lluvia. Cruzaron la pista en compañía de un centenar de pasajeros más sin apercibirse de que en una de las terrazas del aeropuerto se encontraba Dick Dandy y que después de haber seguido sus pasos hasta la entrada al edificio principal, bajó aceleradamente las escaleras y se metió en un coche que le estaba aguardando a pocos metros de la misma.

—¿Han llegado? —le preguntó Malone.

—Sí. Esa tía está muy buena… —sonrió Dick Dandy—. Me gustaría darle un pequeño repaso antes de liquidarla.

—¡A lo mejor no le gustan los negros! —exclamó Malone poniendo el coche en marcha. Cruzaron una zona de aparcamientos y poco después de llegar frente a la puerta principal, vieron salir a Jimmy y a la muchacha.

El teniente llamó un taxi.

—A la calle Cuarenta y Dos —le dijo al conductor.

—¿Dónde vamos? —preguntó Lucy.

—A mi apartamento. ¿O prefieres ir a un hotel?

—No, Jimmy… —respondió la muchacha cogiéndose del brazo del policía—. Prefiero ir a tu apartamento.

Debido a la intensidad del tráfico, el teniente no se apercibió del coche que les seguía. Por otro lado, tampoco se le ocurrió pensar que Ferranti o Enzo Mila ya hubieran ordenado su muerte. Cash sabía que esto ocurriría tarde o temprano, pero no con aquella precipitación.

Aproximadamente media hora más tarde, la pareja estaba instalada en el sencillo apartamento de Jimmy.

—Ponte cómoda —le dijo éste—, ¿Quieres beber algo?

—No, lo que quiero es acostarme. Estoy muy cansada.

—De acuerdo. Utiliza mi habitación. Yo dormiré en ese sofá.

—Buenas noches, Jimmy.

La muchacha se metió en la habitación mientras el policía encendía un cigarrillo y se sentaba en una butaca, cerca de la sencilla chimenea. Encendió un cigarrillo y apoyó la cabeza en el respaldo. Cerró los ojos y se preguntó por qué había accedido a llevarse a Lucy con él. Habría sido mejor dejarla en Detroit puesto que sabía perfectamente que la muchacha tenía órdenes de Ferranti de espiarle. Pero aquél era un juego que le gustaba a pesar de los riesgos que el mismo entrañaba y por otro lado, les quería hacer creer a sus enemigos que le habían engañado. Eso le daba cierta ventaja…

Pero también había otra razón por la cual se encontraba allí, en su

propia cama.

La muchacha le gustaba. Lucy era una de esas mujeres capaces de volver loco a cualquier hombre y no le importaba en absoluto que hubiera sido con anterioridad la amante de su hermano ni que estuviera allí obedeciendo las órdenes de Ferranti… ni siquiera que pudiera tener algo que ver con la muerte de Billy…

La deseaba con toda sus fuerzas.

Oyó que la muchacha se agitaba en la cama. Aquello le produjo un nudo en la boca del estómago y su corazón se disparó. Se puso de pie y asomó la cabeza. Lucy se había cubierto con la sábana. Su ropa, incluso la más íntima, estaba sobre una silla… La imaginó desnuda… Sus pechos se movían al compás de la respiración. Cuando se disponía a regresar al saloncito, ella le llamó:

—Jimmy…

—¿Te he despertado? Lo siento.

—Ven.

El teniente entró como un autómata en la habitación.

Lucy le cogió de una mano y le obligó a que se sentara en la cama.

Sonrió al decir.

—Acabo de descubrir que eres un hombre terriblemente tímido.

—Lo soy.

—Jimmy, no quiero que duermas en el sofá. Quiero que te acuestes conmigo.

—Lucy, quiero que sepas una cosa. A pesar de lo que pueda ocurrir esta noche entre tú y yo, no va a cambiar nada…

—No te comprendo.

—Sé por qué estás aquí.

Ella palideció.

—No… no sé de qué me estás hablando, Jimmy.

—Lo sabes muy bien. Te ha enviado Ferranti. ¿O ha sido Enzo Mila?

—Jimmy…

—¡No pretendas tomarme por estúpido, Lucy! Lo supe desde el principio. Es un viejo truco. Una mujer tan hermosa como tú es capaz de absorber el seso a cualquier hombre y manejarle a su antojo, sacarle toda la información que quiera y luego transmitirla a las personas que le pagan por el trabajo. Así de sencillo. Pero no vayas a creer que me importa. Forma parte del juego y yo lo he aceptado. Lo que me pregunto es si utilizaste el mismo truco con mi hermano.

—Sí.

—Bien… —asintió Jimmy—. Ahora vamos entendiéndonos. Entonces, es muy posible que sepas que Billy fue asesinado.

—¡No! ¡Eso no lo sabía! ¡Te lo juro!

—Vuelves a mentirme.

—¡No, Jimmy! Además, ¿por qué aseguras eso? ¡Fue un accidente! ¡No tienes ninguna prueba de que se tratara de un asesinato!

—Es cierto —admitió Jimmy—. No la tengo. Pero la tendré. Te juro que tarde o temprano la tendré.

Ambos se miraron en silencio.

—¿Sigues deseando que me acueste contigo? —le preguntó el teniente.

Ella asintió con la cabeza.

—Te advierto que si descubro que tuviste alguna participación en la muerte de mi hermano, no tendré compasión de ti…

Lucy no dijo nada, ni siquiera se movió cuando Jimmy apartó las sábanas y apareció su cuerpo totalmente desnudo y la boca del policía se hundió entre sus pechos…

* * *

Para Dick Dandy no significó ningún esfuerzo abrir la puerta del apartamento de Cash. Luego, él y Jack Malone, con una pistola cada uno, penetraron silenciosamente en el mismo.

El negro indicó la dirección de la habitación. Malone asintió con la cabeza y ambos se dirigieron hacia allí, de puntillas.

No se oía nada.

El silencio era absoluto.

De repente, Jimmy Cash, completamente desnudó, apareció ante ellos sujetando una terrorífica Mágnum.

—¡Al suelo! —gritó Malone.

Pero Dick Dandy no fue lo suficiente rápido. La primera bala disparada por Jimmy le alcanzó en la frente y cayó rebotado hacia atrás como si alguien le hubiera dado un puñetazo en el mentón. Su cuerpo quedó colgando entre dos butacas, con los ojos muy abiertos y los brazos sobre su pecho.

Después de aquellos disparos, el teniente se ocultó detrás de una mesa que utilizó de parapeto. No muy lejos de él podía escuchar la entrecortada respiración de Malone.

—Será mejor que te entregues, Jack —le dijo Cash.

—¡Ven a por mí, bastardo! —gritó Malone disparando contra el policía.

Una de las balas rozó la mano de éste y empezó a sangrar como si se la hubieran acuchillado. Pero ahora ya sabía que el pistolero se encontraba a su izquierda, detrás de una butaca.

Jimmy Cash se puso de pie y disparó repetidas veces en dirección a

la misma.

Se escuchó un quejido y luego se hizo un profundo silencio. El teniente se acercó hacia allí y descubrió a Malone sentado, con la espalda apoyada en la pared y la cabeza caída sobre el pecho. Tenía un balazo en el pecho y otro en la boca del estómago.

Lucy apareció en aquel instante. Al igual que Cash estaba completamente desnuda. Miró horrorizada en dirección a los cadáveres.

—Tú sabías que iban a venir… —masculló Jimmy.

—No…

—Sí, lo sabías y por ese motivo querías que me acostara contigo.

—¡No es cierto, Jimmy! ¡Te lo juro!

Cash la abofeteó con rabia. La muchacha salió despedida violentamente hacia atrás y fue a caer cerca del cadáver de Dick Dandy.

—Estás equivocado, Jimmy… —sollozó Lucy—, Ferranti no me dijo nada de esto. De haberlo hecho no habría aceptado…

—Eres una maldita víbora.

—Jimmy, por favor, tienes que creer en mí…

—¿Creer en ti? Antes creería en el mismo diablo.

Cash tomó asiento frente a ella. La herida de la mano le dolía cada vez más.

—Sin embargo, puedes serme de gran utilidad… —dijo poco después el policía.

—¿Qué quieres que haga? Dímelo y lo haré, Jimmy.

* * *

Ferranti estaba siguiendo las evoluciones de Tony Smith, el corredor que había ocupado el lugar de Billy Cash en su escudería. Era un australiano de treinta años.

—No es tan bueno como lo fue el pobre Billy, pero tiene madera de campeón.

—No me gusta como coge las curvas —comentó el mecánico que estaba al lado de

Ferranti—. Lo hace de un modo muy cerrado y eso puede causarle algún disgusto.

—Sí, habrá que pulir eso. Sin embargo, Tony está acostumbrado a pilotar los Lotus y ahora está corriendo en un McLaren. Supongo que debe de notar la diferencia.

—¡Señor Ferranti!

Este se volvió.

Un empleado le estaba mostrando el auricular de un teléfono.

—¡Es conferencia! ¡De Nueva York!

Ferranti se apresuró a ir hacia la cabina.

—¿Sí? ¿Quién llama?

—Lucy.

—¡Lucy! ¿Cómo va todo?

—Muy bien. Todo ha salido perfectamente, Cleo.

—¿De verdad? —una sonrisa apareció en los labios de Ferranti—. Es una buena noticia. Regresa pronto y Cuéntamelo todo, Lucy.

—Así lo haré.

Sin embargo, después de haber colgado, Ferranti se puso repentinamente serio.

Malone y Dick Dandy tenían órdenes de matarla también a ella. ¿Por qué no lo habían hecho? ¿Y por qué le llamaba ella en lugar de hacerlo alguno de los dos pistoleros? Ferranti se pasó la punta de la lengua por los labios. Luego, volvió a descolgar el teléfono y pidió una conferencia con el número de Joe Adamo.

Capítulo VIII

AL oír las palabras de Ferranti, Joe Adamo se puso lívido.

—No comprendo qué puede haber pasado —dijo éste visiblemente nervioso.

—¡Averígualo! —le ordenó Ferranti muy excitado. Luego, más calmado añadió—: Joe, este asunto empieza a oler muy mal. Las cosas se están complicando y podemos tener problemas.

—Haré lo que pueda, Ferranti.

—¡Tienes que hacer mucho más que eso! —bramó éste—, ¡Por Dios, Joe! ¿Es que no te das cuenta? ¡Si Enzo Mila decide tomar personalmente cartas en el asunto, vamos a pasarlo mal!

—De acuerdo, de acuerdo. Te mantendré informado.

Joe Adamo colgó el teléfono y se echó hacia atrás. El sudor había aparecido en su frente y en sus manos. ¿Qué les habría ocurrido a Dick Dandy y a Malone? ¿Por qué no se comunicaban con él? ¿Por qué la muchacha seguía con vida? Algo había fallado.

Llamó al Excelsior, pero le informaron de que no tenían ninguna noticia de Malone.

Tenía un par de soluciones. O enviaba a otro de sus hombres para que intentara averiguar lo que había ocurrido, o se encargaba él mismo del asunto.

Decidió que esta última era la mejor solución.

* * *

El capitán Brown hizo un amigable saludo a Jimmy Cash cuando entró en su despacho. —Tome asiento, teniente.

Brown le ofreció un cigarrillo.

—¿Cómo van las cosas?

—Les estoy ganando la partida, capitán.

—He oído que se ha cargado a Dick Dandy y a Malone.

—Eran ellos o yo. Anoche se presentaron en mi apartamento con intención de liquidarme.

—¿Y la chica?

—Vigilada.

—¿Por qué no me lo cuenta todo, teniente?

—No hay mucho que contar. Sólo que se da la circunstancia de que los asesinos de mi hermano y de mi mujer, pertenecen a la misma organización. Es una casualidad macabra, pero que favorece mis planes. De un tiro voy a matar dos pájaros.

—Un momento —el capitán se abalanzó hacia adelante—. ¿Ha dicho los asesinos de su hermano? ¿Es que piensa que fue asesinado? ¿Que no se trató de un accidente?

—Estoy casi seguro, capitán.

—¿Tiene alguna prueba de lo que está diciendo?

—Todavía no. Pero no tardaré en tenerla si todo sale como lo tengo planeado.

—¿Puedo conocer sus planes?

—Por supuesto. Es muy simple. Les he tendido una trampa en la que espero que caigan. Verá, capitán…

* * *

Joe Adamo no pensaba cometer ningún error. No podía permitirse ese lujo porque se estaba enfrentando a un tipo que le odiaba y que únicamente pensaba en la venganza. Y cuando alguien tiene ese pensamiento en su cabeza, puede volverse terriblemente peligroso sobre todo tratándose de un hombre como el teniente Jimmy Cash.

Adamo había empezado a pensar que Dick Dandy y Malone estaban ya en el otro mundo. De otro modo, no se comprendía su silencio. Pero ¿y la muchacha? ¿Dónde estaba? ¿La habría liquidado también Jimmy Cash?

Sus inquietantes pensamientos se vieron interrumpidos cuando vio llegar el coche del teniente frente al edificio de apartamentos donde vivía. Jimmy, permaneció unos instantes en el interior del vehículo, como si estuviera decidiendo lo que tenía que hacer. Por fin le vio apearse del mismo. Adamo llevó su mano derecha a la pistola que ocultaba bajo su impecable americana. Calculó los riesgos. En aquel momento, la calle estaba prácticamente desierta. Sólo habían un par de transeúntes hablando en una esquina. Con un poco de suerte, podía acercarse con su vehículo al teniente y disparar sobre él y huir rápidamente en dirección a la calle Trenton…

Joe Adamo empezó a sudar. ¿Y si fallaba? Hacía mucho tiempo que no se dedicaba a aquella clase de trabajo. Ahora era un alto ejecutivo de la organización, pero con toda seguridad perdería su privilegiada posición si aquel asunto salía mal. Ferranti no perdonaba y mucho menos Enzo Mila.

Puso el coche en marcha y se acercó lentamente en dirección al

teniente el cual caminaba con evidente lentitud en dirección al edificio de apartamentos donde vivía. Joe Adamo tuvo la sensación de que Jimmy Cash le estaba provocando, de que sabía perfectamente que iba a por él… y que en cualquier momento se volvería y le dispararía…

Joe Adamo apretó a fondo el acelerador. El coche chirrió y salió despedido hacia el teniente.

Cuando Cash se volvió sujetaba su Magnum con ambas manos.

Joe Adamo no se había equivocado. Cash le estaba esperando.

Los dos primeros disparos del teniente, fueron hechos contra las ruedas del coche. El vehículo, alcanzado de pleno, se detuvo en seco.

Adamo, saltó del mismo y disparó contra el teniente parapetándose detrás de la portezuela.

—¡Quieto! —oyó a sus espaldas.

Adamo se volvió y vio a dos policías que le estaban apuntando con sus armas.

¡Había caído en una trampa!

Vio a Cash avanzando hacia él sujetando su terrorífica pistola con ambas manos.

—Suelta el arma, Adamo. Estás perdido.

No le quedó otro remedio que obedecer.

Cash se plantó a su lado. Tenía una sonrisa de triunfo en sus labios.

—Esta vez no te vas a librar tan fácilmente de la cárcel, Adamo —le dijo entre dientes—. A no ser que te decidas a colaborar conmigo.

—Ya le dije en una ocasión que yo no colaboro con la policía, teniente.

—Veremos…

Los dos policías cachearon a Adamo y luego le pusieron las esposas.

—Llevadlo a la comisaria. Luego iré para hablar con él.

Mientras el coche patrulla se alejaba de allí, Jimmy Cash se apoyó en el suyo y dejó escapar un bufido. Todo había salido bien. Su plan funcionaba.

Ahora iría a por los peces gordos…

* * *

Ferranti estaba hablando con su nuevo corredor. Tony Smith. No muy lejos de ambos hombres, los mecánicos se afanaban en poner a punto el McLaren que iba a utilizar Smith.

—Mi forma de correr es distinta a la de Billy Cash, señor Ferranti —le estaba diciendo el corredor—. No soy tan arriesgado como lo era él. Tendrá que hacerse a esa idea si quiere que forme parte de su escudería.

—No te exijo que lo hagas como Cash, muchacho —respondió

Ferranti—. Billy era único. Sólo te pido que arriesgues un poco más y que procures tomar las vueltas agresivamente. Es ahí donde se ganan las carreras. No en las rectas.

De repente, Ferranti vio acercarse un lujoso automóvil que conocía muy bien.

Era el Chevrolet y a prueba de balas de Enzo Mila.

—Tengo una visita —le dijo a Tony Smith—. Comprueba que el McLaren está a punto en cuanto los mecánicos hayan acabado con el trabajo que están haciendo. Pasado mañana partimos hacia Brasil.

Mientras el corredor se alejaba. Ferranti vio detenerse el coche de Mila. Aquélla era una visita que no le gustaba lo más mínimo. Cuando su jefe aparecía sin avisar, es que algo iba mal.

Se encaminó lentamente hacia el Chevrolet preguntándose qué podía suceder.

Enzo Mila había bajado el cristal de la ventanilla y le ordenó:

—Sube, tenemos que hablar.

Ferranti tomó asiento al lado de su jefe. Enzo Mila cerró la portezuela bruscamente. Luego, le mostró un ejemplar del New York Times.

—¿Qué significa esto, Cleo?

«Los cadáveres de Dick Dandy y de Jack Malone, dos conocidos pistoleros relacionados con la mafia, aparecen flotando en aguas del Hudson.»

Ferranti palideció.

—No sabía nada…

—Eran los encargados de eliminar a Cash y a la chica, ¿no es cierto?

—Sí.

—Pues ya lo ves. Han fracasado. El teniente ha sido más listo que ellos. ¿Y la chica?

—No lo sé.

—¿Qué no lo sabes?

Ferranti había empezado a sudar. Se pasó una mano por los cabellos.

—Señor Mila, aquí está ocurriendo algo muy raro.

—¿Qué diablos quieres decir?

—Si Cash se ha cargado a Dandy y a Malone, ¿por qué ha arrojado sus cuerpos al Hudson? No es la forma de proceder de un policía.

—¡Yo no sé si es la forma de proceder de un policía o no, Cleo! —gritó Mila—. Pero los hechos están ahí. Cash sigue vivo y no sabemos dónde está la chica. ¡Y ambos representan un gran peligro para nosotros! Si esa muchacha se decide a hablar, vamos a pasarlo mal.

—Está bien, señor Mila. Haré lo que pueda para solucionar este asunto.

Enzo clavó en Ferranti sus ojos llenos de odio.

—Te doy veinticuatro horas, Cleo. Recuérdalo bien. Veinticuatro horas. Si en ese tiempo no has solucionado el problema atiéndete a las consecuencias.

Ferranti se apeó del automóvil de su jefe y cuando éste se alejó se apresuró a ir a la cabina telefónica para hablar con Joe Adamo, pero nadie cogía el teléfono y eso le inquietó aún más.

No le quedaba otro remedio que trasladarse a Nueva York antes de que su cabeza rodase por los suelos.

Enzo Mila jamás amenazaba en vano.

* * *

El teniente Cash, encendió tranquilamente un cigarrillo y miró a Joe Adamo. También éste aparentaba estar tranquilo, pero Jimmy sabía muy bien que estaba fingiendo.

Ambos se encontraban en el despacho del teniente.

—Bien, Adamo —dijo finalmente Jimmy Cash—. Te das cuente de lo delicado de tu situación, ¿verdad? Se te acusa de intentar matar a un representante de la ley y si además puedo probar que interviniste en el asesinato de mi hermano puedes pasarte el resto de tu vida en la cárcel.

—Pero ¿de qué estás hablando, teniente? —saltó Joe Adamo—. ¡Su hermano murió en un accidente!

—Tú sabes que eso no es cierto —respondió Cash—. Y tarde o temprano lo probaré.

Pero hay más, Adamo. También te acuso de la muerte de mi esposa.

—¡Mentira! —gritó Adamo—. ¡Eso es mentira!

—Pues Lucy Marlowe dice todo lo contrario. Ella asegura que estás implicado en el asunto.

—¿Lucy Marlowe? No sé quién es.

Cash le hizo una indicación a uno de sus hombres y la puerta se abrió poco después. Cuando Lucy entró en el despacho, Adamo se movió inquieto en la silla.

—Esta es Lucy Marlowe —dijo Cash—. ¿No la había visto nunca, Adamo? ¿Estás seguro de ello?

—No la recuerdo.

—Refréscale la memoria, Lucy.

—Esta comedia es absurda, Jimmy —se apresuró a responder la muchacha—. Joe Adamo sabe perfectamente quién soy.

¡Hija de perra! —gritó éste pegando un salto y abalanzándose contra ella. Un policía le sujetó y le obligó a sentarse de nuevo.

Cash observó a Adamo. Estaba sudando, temblaba. Su resistencia

estaba a punto de venirse abajo.

—Llévate a la chica —le ordenó el teniente al agente. Luego, cuando ambos hombres se quedaron a solas, Cash se puso de pie y se acercó a Joe Adamo—. Es inútil que sigas adoptando esa actitud. Estás acorralado y tú lo sabes. No tienes escapatoria… Sin embargo, si me ayudas, intentaré hacer algo por ti.

Adamo asintió con la cabeza.

—De acuerdo. Usted gana, teniente. ¿Qué quiere saber?

—Eso está mucho mejor. Ahora escucha lo que tienes que hacer.

* * *

Ferranti cogió un taxi en cuanto abandonó el aeropuerto y se hizo conducir al restaurante Excelsior, el único lugar donde estaba seguro que podría encontrar a Joe Adamo.

Y en efecto, lo encontró en su pequeño pero elegante despacho.

—¿Dónde diablos te metes? —gritó Ferranti nada más entrar allí.

Joe Adamóse mostró tranquilo.

—¿A qué viene eso, Cleo?

—Te he estado llamando a tu casa y luego aquí. Nadie sabía dónde estabas.

—He estado fuera de la ciudad arreglando ciertos asuntos relacionados con mi negocio, Cleo. Pero ¿se puede saber qué ocurre? ¿Qué estás haciendo tú en Nueva York?

Ferranti se desplomó en una butaca.

—Hay problemas. Enzo Mila está a punto de explotar. Y yo también.

—Cálmate. ¿Quieres un trago?

—¡No! —gritó Ferranti—. Lo que quiero es saber qué ha ocurrido con Cash y con la chica y por qué los cadáveres de Dick Dandy y de Malone han aparecido flotando en el Hudson.

—No lo sé, Ferranti.

—¿Qué?

—No lo sé —repitió Adamo—. A Cash parece habérselo tragado la tierra y en cuanto a la chica, tampoco sé dónde está.

—¡Pues averígualo! —exclamó fuera de sí Ferranti.

—¿Y qué diablos crees que he estado haciendo? Tengo a mis hombres esparcidos por la ciudad haciendo averiguaciones, pero nadie sabe nada. ¿Sabes lo que pienso, Cleo? Que ese maldito policía está intentando ponernos nerviosos y por lo que veo lo está consiguiendo.

—Hay que encontrarle, Joe. Cueste lo que cueste. A él y a la chica. Y liquidarlos a los dos. Son un serio peligro.

—Entre nosotros, Cleo. Fue un error asesinar a su hermano.

—¡Pero él no lo sabe!

—¿Estás seguro? No olvides que la chica está con él y puede haberse ido de la lengua. —Teníamos que liquidarlo… Se había enterado de todos nuestros manejos. ¿Qué otra cosa podíamos hacer? ¿Permitir que fuera a contárselo todo a la policía? Era un riesgo demasiado grande… Pero dejemos eso. Ahora, lo que importa es encontrar a Jimmy Cash.

—Aquí me tiene, Ferranti —oyó de pronto éste a sus espaldas. El teniente apareció por una puerta que había en el despacho. Lo había estado escuchando todo.

Ferranti se arrojó como una fiera contra Joe Adamo y logró atenazarle por el cuello.

—¡Maldito bastardo! —bramó—. ¡Me has vendido! ¡Me has vendido!

Cash tuvo que golpearle en el estómago para que soltara a Adamo. Ferranti se desplomó de rodillas, respirando entrecortadamente.

—¡Levántate! —le ordenó Cash.

Ferranti obedeció pesadamente.

—De buena gana te mataría ahora mismo —masculló el teniente—. Pero eso quizá sería demasiado bueno para ti… Prefiero que te pudras en la cárcel por todo lo que te queda de vida…

Dos agentes se llevaron a Joe Adamo y a Cleo Ferranti.

Cash, se dejó caer en una silla y encendió un cigarrillo. Empezaba a sentirse mejor. Mucho mejor.

Ahora sólo le quedaba Enzo Mila.

* * *

Sintió pena por la muchacha. Era demasiado hermosa para un final tan triste.

La miró mientras apuraba la última copa posiblemente en algún tiempo.

—Te he ayudado en lo que he podido, Jimmy —le dijo ella con el miedo reflejado en sus hermosos ojos—. Espero que tú hagas lo mismo conmigo.

—Te di mi palabra y la cumpliré, Lucy. Pero no esperes milagros. Simplemente, haré lo que pueda por ti.

—Antes de despedimos quiero que sepas una cosa, Jimmy.

—¿De qué se trata?

—De tu hermano. ¿Sabes? Casi me enamoro de él. Era un gran tipo…

Dos días más tarde, Enzo Mila estaba en la tribuna principal del circuito de Daytona siguiendo la carrera de Fórmula 1 en la que tomaba parte el nuevo piloto de la escudería, Tony Smith. Todos le habían hablado muy bien de él.

Había gran cantidad de público y la carrera estaba resultando bastante entretenida. Tony Smith iba en segunda posición a pocos metros del campeón británico O'Hara.

De repente, alguien se sentó a su lado.

Fue uno de los guardaespaldas de Mila el primero en darse cuenta de que se trataba de Jimmy Cash. Pálido como un muerto, le dijo algo en voz baja a su jefe. Mila volvió la cabeza.

—Es usted un loco por presentarse de este modo, teniente —masculló aquél.

—No lo crea. He tomado mis precauciones.

—No le van a servir de nada…

—Yo creo que sí.

—¿Qué es lo que quiere?

—He venido a detenerle.

Mila se echó a reír.

—¿Detenerme? ¿De qué me acusa?

—Del asesinato de mi hermano entre otras cosas.

—Su hermano murió a causa de un accidente.

—No es eso lo que asegura Ferranti y Joe Adamo.

Después de oír aquellos nombres, Enzo Mila.se puso lívido.

—Les he detenido —dijo tranquilamente Cash—, y por la cuenta que les tiene, han cantado de plano.

—¡No es cierto!

—¿Por qué no lo comprueba usted mismo?

El guardaespaldas de Mila hizo intención de echar mano a su pistola.

—Yo de ti no lo haría —le aconsejó Cash—. Esos dos caballeros que están a tu lado, son policías.

El guardaespaldas miró de reojo a los dos hombres que estaban junto a él contemplándole sin inmutarse.

El teniente miró a Mila.

—Será mejor que venga conmigo sin armar ningún escándalo…

Mila y su guardaespaldas se pusieron de pie. Cash y los dos policías les siguieron.

Poco antes de abandonar la tribuna, el teniente volvió la cabeza en dirección a la pista. Tony Smith iba ahora en quinta posición. Tenía perdida la carrera.

Indudablemente, no era tan bueno como lo fue su hermano.

Billy Cash había sido el mejor corredor del mundo.

Y él, simplemente, un buen policía.

FIN

RELOJ ALARMA

Este reloj digital de cuarzo líquido con avisador programado y cuatro pulsadores dispone de las siguientes funciones: Hora, minutos, segundos, n.º de mes, día del mes, día de la semana, programador de alarma y luz para la noche.

Ref. 2.077

sólo 2.200,— pts





MINI RELOJ DE PENDULO

Bellísimo reloj que simula un reloj de péndulo de pico. Funciona a cuerda y el péndulo y la paloma superior están en continuo movimiento. Finamente decorado a mano este simpático reloj reproduce una casita tirolesa con elementos en relieve. Por sus pequeñas dimensiones (150 × 110 mm) es ideal para dar una nota de alegría a las habitaciones juveniles.

Mini Reloj de Péndulo

Ref. 2.279

por sólo 1.750,- pts.



RELOJ DIGITAL PARA SEÑORITA

Con caja y pulsera de acero inox. de bellísimo diseño. Tiene cinco funciones: Horas, minutos, segundos, mes y día del mes y luz para lectura nocturna.

Ref. 2.053

sólo 1.150,— pts



RELOJ DIGITAL PARA CABALLERO

Resistente reloj de caja y pulsera en acero inox. Con cinco funciones: horas, minutos, segundos, número del mes, día del mes y luz para lectura nocturna.

Ref. 2.052

sólo 1.150,— pts

Condiciones para America, pedir información.

Sr. Director: Acogiéndome a sus ofertas y teniendo en cuenta las garantías que me ofrece, le ruego me envíe a mi domicilio los artículos que le detallo a continuación, así como los regalos que me correspondan de acuerdo con el importe de mi pedido.

REF	ARTICULO	PRECIO
PAGO REEMBOLSO	GASTOS DE ENVIO	150
	IMPORTE TOTAL	

Nombre ______________________ Edad ____

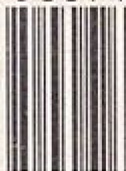
Domicilio ______________________ Tel. ____

Población ______________________ Dto. Postal ____

Provincia ______________ Fecha de pedido ________

Escribir a **BAZAR POPULAR**, Apartado 14.020, Barcelona







EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Precio en España 60 ptas.